EL MAR NO TIENE DIOSES

Homenaje a José Emilio Pacheco. Premio Cervantes 2009

EL MAR NO TIENE DIOSES

Homenaje a José Emilio Pacheco. Premio Cervantes 2009

EL MAR NO TIENE DIOSES
Homenaje a José Emilio Pacheco, Premio Cervantes 2009

MINISTERIO DE CULTURA

Ministra.
Ángeles González-Sinde.

Subsecretaria.
Mercedes del Palacio Tascón.

Director General del Libro, Archivos y Bibliotecas.
Rogelio Blanco Martínez.

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Rector.
D. Fernando Galván Reula.

Vicerrectora de Investigación.
Dª. María Luisa Marina Alegre.

Vicerrectora de Campus de Guadalajara.
Dª. Nazareth Pérez de Castro.

Vicerrector de Extensión Universitaria y Relaciones Institucionales.
D. Javier Rivera Blanco.

Vicerrector de Postgrado y Educación Permanente.
D. Juan Ramón Velasco Pérez.

Vicerrectora de Relaciones Internacionales.
Dª. Elena López Díaz-Delgado.

Vicerrector de Planificación Académica y Profesorado.
D. José Vicente Saz Pérez.

Vicerrectora de Calidad e Innovación Docente.
Dª. Leonor Margalef García.

Vicerrector de Coordinación y Comunicación.
D. José Santiago Fernández Vázquez.

Vicerrector de Innovación y Nuevas Tecnologías.
D. José Antonio Gutiérrez de Mesa.

Vicerrector de Estudiantes y Deportes.
D. Carmelo García Pérez.

Secretario General.
D. Miguel Rodríguez Blanco.

Gerente.
D. Rubén Garrido Yserte.

EL MAR NO TIENE DIOSES

Homenaje a José Emilio Pacheco. Premio Cervantes 2009

Organiza

Patrocina

Colabora

Tengo el placer de presentar el Catálogo de esta exposición *El mar no tiene dioses*, consagrada a la vida y la obra del poeta, ensayista y traductor mexicano José Emilio Pacheco, Premio Cervantes 2009.

El Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas, ha colaborado una año más con la Universidad de Alcalá para hacer posible esta exposición dedicada al último galardonado, y cuya inauguración, el 23 de abril, coincide con la entrega del Premio por SS. MM. los Reyes de España.

El Premio de Literatura en lengua castellana "Miguel de Cervantes", que rinde anualmente público testimonio de admiración a la figura de un escritor por el conjunto de su obra, es el máximo reconocimiento a la labor creadora de escritores españoles e hispanoamericanos.

En esta exposición se reúnen un buen número de piezas, desde un álbum fotográfico personal a primeras ediciones de muchos de sus libros, junto a fotografías de su vida y obra hechas por un grupo de destacados fotógrafos. Junto a la mirada de Ricardo Salazar, todo un maestro de la fotografía latinoamericana, podemos ver imágenes del fotógrafo español Antonio Gálvez, que hizo a Pacheco partícipe de su singular colección de imágenes Mis amigos los ilustres y de dos grandes fotógrafos mexicanos contemporáneos, Rogelio Cuéllar, autor de algunas de las fotos más conocidas del vivir cotidiano de nuestros escritores, y Pablo Ortiz Monasterio, quizá el fotógrafo que mejor ha sabido penetrar en ese complejo mundo que es México DF. Todas estas fotografías se presentan acompañadas de textos de José Emilio Pacheco, porque todos han mantenido una estrecha relación creativa con nuestro último galardonado.

Además de estas obras, podemos ver un buen número de esos animales que pueblan la poesía de José Emilio Pacheco y que pertenecen a las colecciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Al contemplarlas percibimos, como hace José Emilio en sus creaciones, la hermosa vinculación que existe entre el mundo de la creación poética y la zoología.

Esperamos que tanto la exposición, como este libro, contribuyan a la difusión de la figura de uno de los grandísimos poetas de nuestra lengua, José Emilio Pacheco, y que sirvan para despertar entre el mayor número posible de personas el deseo de leer y disfrutar con su creación literaria.

Ángeles González-Sinde

Ministra de Cultura

Bajo el título *El mar no tiene dioses*, la Universidad de Alcalá, en colaboración con el Ministerio de Cultura y su Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas, rinde homenaje a la figura de José Emilio Pacheco con ocasión de la entrega del Premio Cervantes.

La que fuera la primera biblioteca universitaria creada por el Cardenal Cisneros en el siglo XVI acoge esta muestra, que brinda la oportunidad al visitante de realizar un recorrido por la vida y la intensa obra literaria de este autor mexicano.

A través de diversos materiales fotográficos, así como de documentos, objetos, reproducciones y primeras ediciones de su obra, nos acercamos a su vida y conocemos su biografía personal y literaria. También nos ayudarán a configurar nuestra propia imagen de José Emilio Pacheco otras miradas afines al mundo creativo del autor galardonado. Muchas de las imágenes presentes proceden de los archivos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), con quien tanto comparte la Universidad de Alcalá, y presentan a un autor que desde que diera sus primeras conferencias ha estado vinculado a la vida cultural de la principal institución universitaria mexicana.

Estas fotografías, que documentan la vida de nuestro galardonado, se acompañan con los trabajos personales realizados por destacados creadores: la cámara del mexicano Ricardo Salazar ha enseñado a muchos fotógrafos posteriores cómo presentar la creación literaria; las imágenes de Rogelio Cuéllar, que ha sido el fotógrafo que más de cerca ha seguido el trabajo creativo de José Emilio Pacheco, presentan los momentos más destacados de esa relación; el español Antonio Gálvez, autor de una personalísima obra, hace que José Emilio figure en su colección “Mis amigos los Ilustres”, en la que también aparecieron Luis Buñuel, Max Aub, André Malraux y otras grandes personalidades de la cultura. Así mismo, en la exposición también contamos con la obra de Pablo Ortiz Monasterio, quizá el fotógrafo mexicano que mejor ha sabido presentar México DF, “ciudad post apocalíptica” en palabras de José Emilio Pacheco.

Las fotografías de estos mundos de José Emilio Pacheco se completan con las piezas procedentes del Museo Nacional de Ciencias Naturales, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuya colaboración ha sido crucial para que aquí podamos disfrutar de una mirada singular a ese Álbum de Zoología que se descubre en la obra de José Emilio Pacheco. Nuestro Premio Cervantes es un humanista que ha hecho suyo el mundo de la ciencia, y sobre él ha construido unos poemas que son el testimonio de la curiosidad que preside el conocimiento del científico.

Por todo lo dicho, *El mar no tiene dioses* es una exposición que presenta a un José Emilio Pacheco poeta, ensayista, traductor, novelista y cuentista, que no olvida al profesor universitario, unido a la UNAM y a otras universidades fuera de nuestras fronteras, y también, a partir de hoy, a la Universidad de Alcalá.

Fernando Galván

Rector de la Universidad de Alcalá

El Mar no tiene Dioses
Homenaje a José Emilio Pacheco, Premio Cervantes 2009

Índice

Cronología 15
Francisca Noguerol

Un Clásico de Nuestras Letras 23
Francisca Noguerol

José Emilio Pacheco. Poeta y Humanista 29
Luis Antonio de Villena

José Emilio Pacheco 33
Ricardo Salazar

José Emilio Pacheco 47
Rogelio Cuéllar

Álbum de Zoología 65

José Emilio Pacheco 97
Antonio Gálvez

La Última Ciudad 109
fotografías de Pablo ortiz monasterio
texto de José Emilio Pacheco

Leyendo a José Emilio Pacheco 129
Luis Muñoz

El pesimista crítico 133
Benjamín Prado

Bibliografía 135
Francisca Noguerol

José Emilio Pacheco.

Cronología

Francisca Noguerol

José Emilio Pacheco nació el 30 de junio de 1939 en la ciudad de México, lugar donde aún se podían ver los volcanes, recordado frecuentemente en sus creaciones. Sus primeros años transcurrieron en la calle Guanajuato 183 de la conocida Colonia Roma, emplazamiento que ya no existe como consecuencia del devastador terremoto que asoló la ciudad en 1985.

Por parte de madre, procedía de una familia de empresarios conservadores y católicos con los que vivió largas temporadas en el puerto de Veracruz, donde se despertó su pasión por el mar. En cuanto a su padre, a pesar de sus orígenes humildes logró una sólida formación, participando en la revolución desde 1910 y alcanzando el grado de general de brigada en 1927. Sin embargo, cayó de la gracia de Álvaro Obregón, perdiendo grado y trabajo cuando se negó a firmar el acta que pretendía legalizar el brutal asesinato del general Francisco Serrano.

Puerto de Veracruz.

Una de las alegrías de los años adolescentes de Pacheco, marcados por una educación represiva reiteradamente denunciada en su obra, tuvo que ver con su asistencia en la preparatoria del Centro Universitario de México a los cursos de José Enrique Moreno de Tagle, quien le enseñó a leer, entre otros autores, a Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes. En esta época, además, entabló amistad con Juan José Arreola; fue éste el responsable de la publicación de su primer libro, el volumen de cuentos *La sangre de Medusa* (1958), con nueva edición revisada y aumentada –hecho característico de casi toda su producción narrativa y que da idea de su afán perfeccionista- en 1990.

En esta etapa el aprendiz de escritor da a leer sus textos, asimismo, a otros autores consagrados como Octavio Paz, Rosario Castellanos, Emilio Carballido, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Luisa Josefina Hernández o Juan Rulfo, quienes lo miran con simpatía y destacan en más de una ocasión su indudable madurez. Se trata de un momento de indecisión sobre el futuro, en el que se interesa por el teatro –buena prueba de ello son las piezas en un acto "La reina" (1958) y "El pasado lo guardan las arañas" (1960), aparecidas en revistas de la época- y emprende diferentes carreras: Derecho, que abandona a los 19 años, y Filosofía en la UNAM, donde cursaría estudios hasta 1964.

Jorge Luis Borges, Miguel Capistran, José Emilio Pacheco y Salvador Barros. Fotografía de Rogelio Cuéllar.

Sin embargo admite que, en este momento, obtuvo su verdadera preparación fuera de las aulas, pues alternaba las más diversas lecturas con los paseos por la ciudad de México –muchas veces junto a sus amigos Carlos Monsiváis y Sergio Pitol- y una incansable actividad cultural, de la que dan idea las siguientes ocupaciones: editor del programa de radio de la UNAM "Entre libros"; director de la Biblioteca del Estudiante Universitario; redactor del noticiero cultural Cine-Verdad, que se proyectaba en las salas durante la década de los sesenta y que, junto a su elaboración de guiones –algunos ganadores de importantes premios– y su colaboración con directores como Arturo Ripstein, dan idea de su interés por el séptimo arte; coordinador con Monsiváis del suplemento juvenil de *Estaciones* (1957-58); secretario de redacción de *México en la Cultura* (Novedades) en 1961, secretario de redacción de *La cultura en México* (Siempre) de 1962 a 1971 –exceptuando 1968, año en que el puesto fue ocupado por Monsiváis– y, finalmente, colaborador de la *Revista de la Universidad de México*, donde llegó a ser secretario de redacción y en la que contó con su primera sección literaria.

Arturo Ripstein, Haydee Ripstein, Cristina Pacheco, Mario Vargas Llosa, Patricia Vargas Llosa y José Emilio Pacheco.

Con ella inaugura una serie de columnas semanales -"El minutero", "Calendario"- que culminarían en la justamente reconocida "Inventario" -actualmente con más de setecientas entradas-, comenzada en 1960, continuada en el *Excelsior* de Julio Scherer de 1973 a 1976, y aparecida en la revista *Proceso* desde 1976. En ella, así como en sus otras colaboraciones periodísticas –en *Novedades*, *Revista Mexicana de Literatura*, *Diálogos*,

A la derecha: José Emilio Pacheco con su esposa, Cristina, y su hija, Laura Emilia

El Heraldo de México, *Plural*, *Vuelta*, *Letras Libres*, *La Cultura en México* o *Siempre!*- investigará aspectos desconocidos de la vida cultural mexicana en los siglos XIX y XX, dará a conocer autores olvidados y establecerá puentes entre diversas literaturas. Conocemos así una de las profesiones que elegirá como *modus vivendi*, y que desde entonces ha alternado con la investigación –en el Instituto Nacional de Antropología e Historia- y la docencia: en la Casa del Lago y el Centro Universitario de Teatro de la UNAM y, como profesor visitante, en diversas universidades de Estados Unidos, Canadá y el Reino Unido. De hecho, ha llegado a obtener el título de *Distinguished Profesor Emeritus*, otorgado por la Universidad de Maryland.

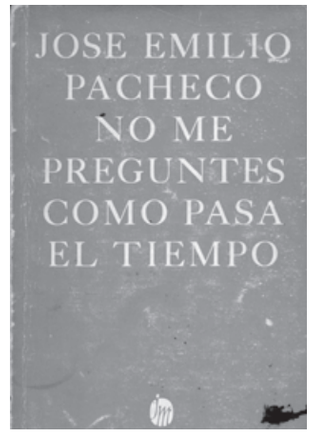
Arturo Ripstein y José Emilio Pacheco.

Estos años de intensa vida cultural lo llevarán a establecer lazos con lo más granado de la *intelligentsia* de su tiempo. Así, alrededor de *La Cultura en México* se reunieron entre otros Eduardo Lizalde, José Carlos Becerra, Gabriel Zaid, Emmanuel Carballo, Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, Huberto Batis, Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis.

Desde el punto de vista social, asistimos al final de una época generalmente placentera para los sectores de clase media, que comienza a enturbiarse por el crecimiento desorbitado de la capital y una crisis socioeconómica que dio lugar a diversos movimientos civiles –huelgas de ferrocarrileros, maestros y médicos; alzamiento de Lucio Cabañas en las montañas de Guerrero–, y a sus consiguientes periodos de represión. Por si esto fuera poco, el triunfo de la Revolución cubana actuó como un revulsivo sobre las conciencias de los jóvenes, de lo que da buena cuenta el propio Pacheco.

Héctor García, Vicente Rojo, Fernando Benítez y José Emilio Pacheco

En 1963 aparecen publicados el libro de cuentos *El viento distante* -con ediciones aumentadas en 1969 y 2000- y *Los elementos de la noche*, su primer poemario, aún ajeno a la convulsa situación política vivida por aquellos años.



El malestar de una época signada por la idea del compromiso se hará evidente ya en el magnífico poema unitario *El reposo del fuego* (1966) y en la novela *Morirás lejos* (1967), que conoció una nueva versión diez años después. Pero será en *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969), uno de sus libros mayores, donde encontraremos una "nueva expresión" del autor. A medio camino entre prosa y poesía y voluntariamente cercana al lector –como revela el uso frecuente del "tú"-, en ella cobra especial relevancia la ironía, de lo que da fe el título del volumen.

Comienza así un segundo periodo en su trayectoria poética que abarca catorce años, en el que destaca la atención a lo que ocurre a su alrededor. Los asuntos tratados en varios poemas dan cuenta de su atención al "aquí y ahora": Vietnam, el colonialismo y, sobre todo, la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco por parte de tropas gubernamentales, ocurrida el 2 de octubre de 1968 y que abriría una dolorosa llaga en la conciencia de los mexicanos.

En la década de los setenta el escritor continúa sus viajes, obtiene importantes becas -Guggenheim (1970), Centro Mexicano de Escritores (1970-1971)-, publica el libro de cuentos *El principio del placer* (1972) -con nueva versión en 1997- y colabora como guionista en distintos proyectos cinematográficos. En la vertiente lírica, *Irás y no volverás* (1973) continúa la línea emprendida por *No me preguntes cómo pasa el tiempo*. La conciencia ecológica resulta fundamental en su literatura a partir de este momento, hecho observable también en Islas a la deriva (1976), donde el interés por el "otro" se hace manifiesto.

En 1980 Pacheco cumple cuarenta años y comienza una etapa de revisión personal -de su obra, de las ilusiones de juventud, del pasado- patente en *Desde entonces* (1980), poemario marcado por el desencanto ante los valores perdidos. Siguiendo esta línea, este mismo año aparecerá la primera versión de *Tarde o temprano*, título que abarca la totalidad de sus poemas hasta ese momento tras haber sido sometidos a una meticulosa corrección.

Comienza así la década de consolidación definitiva de su figura, tanto por el inmediato éxito del que disfrutó la novela corta *Las batallas en el desierto* (1981) –muy pronto convertida en lectura obligatoria entre los estudiantes de Secundaria- como por su admisión en El Colegio Nacional y su consecución de importantes premios. Con *Los trabajos del mar* (1983) se inicia una tercera etapa en su trayectoria, menos interesada

en el reflejo de la actualidad y especialmente atenta a los grandes temas que afectan al ser humano. Motivos como la omnipresencia del mal, las mezquindades del poder y la destrucción sistemática del planeta se harán capitales en textos donde la carga ética resulta cada vez mayor.

El terremoto que devastó la ciudad de México en 1985 aumentó, lógicamente, su pesimismo, pues como consecuencia del mismo vio desaparecer en un instante referentes indispensables de su existencia. Así, *Miro la tierra* (1986) refleja el terrible shock que le produjo volver a la ciudad inmediatamente después del seísmo, hecho asimismo retratado en *Zona de desastre* (1986) por su esposa, la destacada periodista, entrevistadora y cuentista Cristina Pacheco. Esta tónica es continuada en *Ciudad de la memoria* (1989), donde predomina el tono elegíaco pero que, en ningún momento, olvida el elogio del instante como expresión más alta de nuestro paso por la tierra.

Por su parte *El silencio de la luna* (1994), que ganó con justicia el premio José Asunción Silva al mejor libro de poesía publicado en español de 1990 a 1995, supondrá el inicio de los experimentos del escritor con las infinitas posibilidades del lenguaje. Sin desatender su peculiar concepto de la traducción, que lo ha llevado a componer magistrales versiones de sus autores favoritos –presentes en títulos como *Aproximaciones* (1984) y *Bajo la luz del haikú* (1998)-, el polígrafo mexicano muestra una cohesión cada vez mayor en su obra. Así, *La arena errante* (1999) recurre desde su título a la alegoría para reflejar la fugacidad de nuestra existencia, hecho que se mantiene en *Siglo pasado (desenlace)* (2000) y que explica, de algún modo, que en este significativo año, final de siglo y milenio, apareciera la segunda versión de *Tarde o temprano*.

Por último, *Como la lluvia* y *La edad de las tinieblas*, editados en 2009, dan buena idea de la energía creativa que sigue acompañando a José Emilio Pacheco, capaz de mostrarnos, una vez más, que los grandes temas de su literatura siguen siendo la fugacidad y el sufrimiento pero que, por ello mismo y en hermosa paradoja, debemos aprovechar al máximo el instante, pues sólo lo frágil perdura.

Francisca Noguerol es profesora de la Universidad de Salamanca.

PREMIOS LITERARIOS RECIBIDOS

POR JOSÉ EMILIO PACHECO

Premio Magda Donato por *Morirás lejos*. 1967

Premio Nacional de Poesía Aguascalientes por *No me preguntes cómo pasa el tiempo*. 1969.

Premio Xavier Villaurrutia por *El principio del placer*. 1973

Premio Ariel compartido con Arturo Ripstein a la mejor historia original y adaptación cinematográfica con *El castillo de la pureza*. 1973.

Premio Nacional de Periodismo por Divulgación Cultural. 1980

Premio a la mejor traducción de la Sociedad de Críticos Teatrales por *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams. 1984.

Premio Malcolm Lowry por su trayectoria (Ensayo literario). 1991

Premio Nacional de Lingüística y Literatura. 1992

Premio José Asunción Silva al mejor libro de poemas en español publicado entre 1990 y 1995.

Premio Fernando Benítez en periodismo cultural. 1995

Premio Mazatlán de Literatura por *Álbum de zoología*. 1998

Premio Iberoamericano de Letras José Donoso. 2001

Premio Internacional Octavio Paz de Poesía y Ensayo. 2003

Premio de Poesía Iberoamericana Ramón López Velarde. 2003

Premio Internacional Alfonso Reyes. 2004

Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda. 2004

Premio Internacional de Poesía Federico García Lorca. 2005

Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. 2009

La Medalla 1808 otorgada por el Gobierno del Distrito Federal. 2009.

La Medalla de Oro de Bellas Artes otorgada por la Secretaría de Educación Pública de México. 2009

Premio Cervantes. 2009

Un Clásico de Nuestras Letras

Francisca Noguerol

El 7 de mayo de 2009, un jurado conformado por personalidades de diversos ámbitos culturales decidió concederle el XVIII Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana a José Emilio Pacheco. Unos meses después, el mismo autor fue distinguido con el Premio Cervantes, considerado el Nobel de la Literatura en español, por su amplia trayectoria literaria en los más diversos géneros. Pocas veces dos galardones han parecido más justos en el mundo de las letras, pues el escritor mexicano, como sus compatriotas Alfonso Reyes y Octavio Paz, como Jorge Luis Borges, constituye por sí mismo una literatura.

Ya lo señalaron ante la prensa dos miembros de la comisión del Reina Sofía que conocen bien la obra de Pacheco. Para Jaime Siles: "Es el único poeta posterior a Octavio Paz que ha creado un universo auténticamente propio, trabajando prácticamente todos los tonos del lenguaje, el poema confidencial, el irónico, el de lo cotidiano". Por su parte, Luis Antonio de Villena, a quien debemos el magnífico estudio y la antología que lo dio a conocer al público español[1], lo definió como un "autor vitalísimo y creativamente caótico, una poesía que hace vibrar tanto el corazón como el entendimiento". En la misma línea fue descrito por José Antonio Pascual, en el momento de explicar las razones de la concesión del Premio Cervantes, como "el idioma entero".

Se ha hecho pues justicia a un autor considerado el "mejor poeta mexicano vivo", según la encuesta que llevó a cabo la revista *Letras Libres* en febrero de 2005; homenajeado sin cesar por su 70º aniversario,

1. Luis Antonio de Villena. *José Emilio Pacheco.* Madrid, Júcar, 1986.

incontestable tanto para la crítica como para el público, y que goza de una gran popularidad entre los más jóvenes.

Atento a todo lo que ocurre –su acento en la observación lo llevó a describir el arte como "atención enfocada"[2] y a presentarse como un "ojo en llamas"-[3], no desdeña ninguna noticia, de lo que dan buena idea los periódicos que lee cada día, su voracidad como lector –que lo ha hecho poseedor de una cultura enciclopédica- y su conocimiento de los más nimios detalles relacionados con la vida cultural de su país.

En su creación se aproxima a los objetos para invadirlos, como ya hiciera Pablo Neruda en sus *Odas elementales* –aunque el chileno, contrariamente a Pacheco, los ponía al servicio del hombre– o el mismo Nicanor Parra, autor de la famosa sentencia: "La poesía reside en las cosas".[4] Louis Lamothe, en un trabajo tan añejo como aún pleno de sugerencias, descubre la naturaleza de estos escritores: "El cosalista es el buscador de lo absoluto que se expresa concretamente –buscador de esencias que, para llegar a su objetivo, no se aleja de las cosas sustituyéndolas por ideas, sino que penetra en ellas (…). Son capaces de descubrir el alma de las cosas por las cosas en sí".[5]

En la misma línea, Antonio Mestre afirma que Pacheco practica una poética de la constatación –"Constatación de un mundo desecho, corrupto. Pero también constatación del valor poético de los objetos cotidianos, o de aquellos de los que ya casi ningún poeta se ocupa"-,[6] mientras Mario Benedetti destaca como uno de los rasgos más conmovedores en la obra que comentamos el hecho de que, en ella, el sujeto poético se defienda contra el vacío asiéndose a la concreta realidad.[7]

Por esta misma curiosidad hacia lo que le rodea, y de acuerdo con dos conocidos versos de su heterónimo Julián Hernández –"Tenemos una sola cosa que describir: / este

2. "Pasamos por el mundo sin darnos cuenta, /sin verlo, /como si no estuviera allí o no fuéramos parte/ infinitesimal de todo esto./ (…) Por esa misma causa nos reímos del arte/ que no es a fin de cuentas sino atención enfocada". "Las ostras", en *Tarde o temprano. Poemas 1958-2000*. México, FCE, 2000, p. 435.
3. En "Las palabras de Buda" leemos: "Todo el mundo está en llamas. / Lo visible/ arde y el ojo en llamas lo interroga". En Francisca Noguerol (ed.): *Contraelegía*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009, p. 147.
4. Obra gruesa. Santiago de Chile, Nascimento, 1976, p. 50.
5. Louis Lamothe: *Los mayores poetas latinoamericanos 1850-1950*. México, Mex Editorial, 1959, p. 251.
6. "Ironía, civilización y posmodernidad en la poesía de José Emilio Pacheco", en Samuel Gordon (ed.): *Poéticas mexicanas del siglo XX*. México, Universidad Iberoamericana, 2004, pp. 253-302 (278).
7. "La poesía abierta de José Emilio Pacheco", en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*. México, ERA, 1993, pp. 126-133 (128).

mundo”-,[8] Pacheco ha explorado formas plurales de discurso a lo largo de su trayectoria literaria, que abarca cuatro áreas fundamentales de creación: poesía, narrativa –cuento, nouvelle y novela-, divulgación cultural –crítica literaria, periodismo, labor editorial, investigación histórica- y otras formas literarias: teatro –aparecido tempranamente en algunas revistas-, guiones de cine, adaptaciones para la escena de otros autores, traducciones y, por fin, versiones libres de otros textos, a las que ha denominado certeramente “aproximaciones”.

Pero, a pesar de su abundante producción en otros géneros, su vida siempre ha estado marcada por la poesía, labor constante a lo largo de su trayectoria –entre la aparición de cada uno de sus títulos suelen mediar de tres a cinco años-[9], en la que ha cosechado los más prestigiosos galardones y que, como él mismo comenta a Luis García Montero, le provocaba un profundo temor en sus inicios como escritor: “Yo tenía tanto respeto por la poesía que tardé; primero escribí prosa y después versos”.[10]

Esta faceta de su creación, a la que dedicaré las próximas páginas, se encuentra integrada, hasta el momento, por catorce volúmenes que abarcan de 1963 a 2009: *Los elementos de la noche* (1963), *El reposo del fuego* (1966), *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969), *Irás y no volverás* (1973), *Islas a la deriva* (1976), *Desde entonces* (1980), *Los trabajos del mar* (1983), *Miro la tierra* (1986), *Ciudad de la memoria* (1989), *El silencio de la luna* (1994), *La arena errante* (1999), *Siglo pasado (desenlace)* (2000), *Como la lluvia* (2009) y *La edad de las tinieblas* (2009). Entre ellos, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, *Irás y no volverás*, *Islas a la deriva*, *El silencio de la luna* y *Como la lluvia* constituyen momentos especialmente brillantes de su escritura.

Los poemas integrados en estos libros evolucionan desde un temprano neosimbolismo marcado por la introspección, en los que la meditación sobre el paso del tiempo resulta fundamental, a textos atentos al *hic et nunc*, que no desdeñan el lenguaje conversacional ni la ironía para ofrecer una imagen de nuestra existencia tan lúcida como desesperanzada. En esta situación, sólo algunos luminosos instantes de contempla

8. “Arte poética I”, en *Contraelegía*, op. cit., p. 167.
9. Quizás sorprenda el lapso de nueve años transcurrido entre la aparición de *Siglo pasado (desenlace)* (2000) y *Como la lluvia* y *La edad de las tinieblas*, publicados hace escasos meses. Este hecho se explica porque Como la lluvia se encuentra constituido por cinco secuencias extensas –que podrían definirse como poemarios en sí mismas mismas-, y porque se han publicado en el mismo año dos libros del autor, con lo que se mantiene la regularidad de su producción.
10. “Entrevista de Luis García Montero con José Emilio Pacheco”, La Estafeta del Viento, 2.ª época, 04/03/2009. Edición digital. Sin paginación. En www.laestafetadelviento.es/conversaciones/conjose-emilio-pacheco.

ción –de la belleza, del arte, de la naturaleza- salvan al sujeto poético, momentos plasmados en poemas intensamente líricos y exponentes preclaros de amor a la vida, siempre fugitiva pero, por ello, especialmente valiosa.

Como ya señalara Benedetti, quien tanto admirara al mexicano y que, en su propio discurso de recepción del VIII Premio Reina Sofía, lo señaló como ejemplo de poeta total:

El gran atractivo de esta obra poética es su constante bucear, con palabras conocidas, en lo desconocido (…). Su poder de comunicación con el lector obedece sobre todo a su sorprendente capacidad para encarar, con un lenguaje asequible y cercano, los más intrincados problemas de la existencia, y aun para dejar constancia de su no resignación al inevitable aniquilamiento, al lenguaje de la nada[11].

En cuanto a su filiación literaria, se puede aplicar a Pacheco la definición de clásico que ofreciera Borges en "La postulación de la realidad".[12] Frente al escritor romántico, que busca la originalidad en sí y reflejar su yo por encima de todo, el clásico emplea la expresión más adecuada para cada tema, signada por la transparencia y la sencillez, y defiende una literatura hecha por todos, lo que lo lleva a prestar una especial atención al papel del lector como co-creador de la obra.

Nuestro autor se sitúa así en la tradición de aquellos que demandaron una obra de arte anónima: Valéry, que pretendía escribir una historia de la literatura sin nombres; Eliot, para quien un artista sería tanto mejor cuanto antes extinguiera su ego; Borges, que reivindicó "la nadería de la personalidad". O, finalmente, Juan Ramón Jiménez, quien quiso crear una revista llamada Anonimato, aludida en "Carta a George B. Moore en defensa del anonimato":

> Acaso leyó usted que Juan Ramón Jiménez
> pensó hace mucho tiempo en editar una revista.
> Iba a llamarse "Anonimato".
> Publicaría no firmas sino poemas;
> se haría con poemas, no con poetas.
> Y yo quisiera como el maestro español
> que la poesía fuese anónima ya que es colectiva
> (a eso tienden mis versos y mis versiones).[13]

11. "La poesía abierta de José Emilio Pacheco", en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*. México, ERA, 1993, pp. 126-133 (126).
12. "La postulación de la realidad", en *Obras completas I*. Buenos Aires, Emecé, 1989, pp. 217-221.
13. "Carta a George B. Moore en defensa del anonimato", en *Contraelegía*, op. cit., p. 236.

Este hecho explica que sus "Aproximaciones" comiencen con un epígrafe presuntamente de Julián Hernández pero, en realidad, divisa de Lautréamont -"La poesía no es de nadie/ se hace entre todos"-[14], así como su rechazo a la concepción de obra perfecta o acabada, por la que mantiene sus textos sometidos a una constante revisión.

Despojado de falsos énfasis y pintoresquismos, le cabe el privilegio de haber sido calificado con adjetivos tan contradictorios como certeros –culturalista, imaginista, coloquial, neosimbolista, minimalista- por su concepción de la literatura como arte total. Pocos autores pues más dispuestos a investigar otras formas de expresión. Asumiendo que "ya está todo dicho", en sus creaciones bebe de las más diversas corrientes líricas –del Modernismo a la poesía oriental, del Barroco hispánico a la New Poetry norteamericana-, rindiendo homenaje a incuestionables maestros de la literatura –Quevedo, Eliot, Borges, Paz- y, por lo mismo, escribe como quien traduce y, a la inversa, traduce creando.

Noé Jitrik lo muestra como es; un poeta que aúna creación y pensamiento, heredero de una literatura conformada por imágenes imperecederas:

Los textos de Pacheco suspenden el juicio y crean un efecto de lectura; hay que detenerse en ellos, hay que masticarlos antes de tragarlos, hay que respirar hondo y pausado, no les cabe el arrebato ni el oportunismo. Yo creo, por eso, que cumplen con dos de las demandas fundamentales de una literatura que perdura: no dejan dormir, porque son insomnes; hacen pensar, porque son pensamiento ellos mismos.[15]

Intérprete de conceptos universales tanto a través de la observación de la naturaleza como de textos de cultura, la elegancia de su escritura viene dada por un hecho incuestionable: acomoda la palabra atendiendo por igual al ritmo del poema y a la arquitectura del pensamiento.

En cuanto a su temática, se encuentra signada por dos grandes motivos: "la fugacidad y el sufrimiento", hecho provocado por su visión heracliteana del tiempo, en la que resulta capital la idea de la existencia como proceso. Acercarse a su literatura supone, así, hacerlo a una obra tan lúcida como, en ocasiones, negativa, marcada por el pesimismo de un mundo que sabe en ruinas –de ahí el poeta ético, que presagia el fin

14. *Tarde o temprano*, México, FCE, 1980, p. 246.
15. "La escritura y su secreto, rememoraciones Pacheco 2004", en Pol Popovic y Fidel Chávez (coords.): *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas*. México, Siglo XXI, 2006, pp. 71-83 (83).

de nuestro tiempo con una voz de advertencia tan cercana como ajena a la profecía- pero, al mismo tiempo, capaz de emocionarse con los detalles que iluminan nuestro breve paso por la tierra.

La fugacidad, siempre positiva por obligarnos a paladear cada momento, da origen a algunas de sus mejores composiciones, permeadas de luz y en las que se celebra la plenitud del instante. Así ocurre en "Definición", conformada por un solo heptasílabo -"La luz: la piel del mundo"-,[16] enormemente cercana al hermosísimo verso "La luz con el tiempo dentro", con el que Juan Ramón Jiménez describiera el Moguer de su infancia.[17]

Del mismo modo, el haikú "Gota de lluvia" revela la belleza del instante que pasa a través de un detalle minúsculo: "Una gota de lluvia tiembla en la enredadera./ Toda la noche está en esa humedad sombría./ De repente la luna la ilumina".[18]

Frente a este luminoso deslumbramiento, se sitúa la angustia porque todo se pierda. Este hecho da lugar a sus frecuentes composiciones elegíacas, de la que puede ofrecer buena prueba la reciente "Ciudad de México": "Paso por el lugar que ya no está,/ Me abandono a lo efímero, me voy/ Con las piedras que adónde se habrán ido".[19]

En esta magnífica tensión de contrarios, donde la paradoja juega un rol esencial, se asienta la personalísima creación de Pacheco. En estos días homenajeamos, pues, a un escritor en la cima de una creación marcada por el rigor y la energía al que, como señalara su buen amigo Sergio Pitol, sólo puede compararse con los humanistas del Renacimiento y que, aún consciente de la inminencia de la catástrofe, sabe apreciar en todo momento la belleza del instante, la vida, la luz.

Francisca Noguerol es profesora de la Universidad de Salamanca.

16. "Definición", en *Contraelegía*, op. cit., p. 186.
17. Cuando yo era un niñodiós". En *Antología poética*. Javier Blasco ed. Madrid, Cátedra, 1993, p. 158.
18. "Gota de lluvia", en *Contraelegía*, op. cit., p. 247.
19. José Emilio Pacheco. *Como la lluvia*. México, ERA, 2009, p. 56.

José Emilio Pacheco. Poeta y Humanista

Luis Antonio de Villena

Tengo la suerte (en su momento casual, como la suerte parece siempre) de haber conocido hace mucho a José Emilio Pacheco, cuando aún en España era sabido de muy pocos: lo conocí en Las Palmas de Gran Canaria, en un Congreso de Escritores de Lengua Española, en junio de 1979. Yo había leído algo de José Emilio ya (poco aún) pero él tuvo entonces la gentileza de regalarme algunos libros suyos, que terminaron de hacerme ver lo gran poeta que es y (algo después) llevarme a escribir, por encargo gustoso, un libro sobre su labor (con una pequeña antología de sus poemas) que publicó la desaparecida editorial Júcar a mediados de 1986.

José Emilio Pacheco, aunque a menudo se hace eco en sus poemas de las tragedias y deterioros del mundo contemporáneo, es un poeta (y lo que acabo de decir nada merma esta condición) esencialmente humanista. Y el humanista es el poeta que une indisociablemente la vida con la cultura, al entender que la vida mejor, más alzada, viene siempre del subrayado y los múltiples niveles que la cultura le presta. No sólo es, pues, un poeta que cuenta con la tradición libresca en nuestro idioma –que es el suyo- y en otros, sino que vivifica esa tradición al usarla. Poeta de vida y de libros al mismo tiempo, bastaría un repaso somero por su no escasa obra lírica, para sentir sus lecturas y su conexión con el libro (su humanismo) aquí y allá, incluso aunque esa lectura se haga espigando. Podemos comenzar por el final. En los dos últimos libros publicados por José Emilio, uno de poemas más al uso y grande *Como la lluvia* (Visor, 2009) y otro de poemas en prosa, más corto, *La edad de las tinieblas* (Visor, 2009) ya vemos lo que buscamos…

El primer poema de “Como la lluvia”, “El señor Morón y la Niña de Plata” (“un cuento en cinco actos

y en verso", lo califica el autor) comienza con una cita, nada inoportuna, de Lope de Vega y de su comedia *La Niña de Plata* (1617) porque es de ese texto de donde el poema pachequiano arranca y toma impulso, aunque vaya, claro es, por otro camino. Otro poema, "El vecino de arriba" se diría, de entrada, la mera descripción de un vecino molesto que al poco se convierte en un vecino desesperado y solitario, pero enseguida (al final) entendemos la cita de Calderón de la Barca con la que el poema se abre, ese vecino agónico y que no sale, es Segismundo (el protagonista de *La vida es sueño*) que protesta día y noche "Contra el crimen sin nombre de haber nacido". Habla de aquí y de ahora, evidentemente, pero la referencia calderoniana no anula sino que, al contrario, potencia el mensaje de desesperación ante el presente. Muy duro (para con su patria, o mejor acaso para con la situación de su patria) es el poema "Very strange and sinister country" que resultan ser unas líneas de una postal que, quizá en los años 40, el famoso novelista inglés de cuño intelectual, Aldous Huxley le escribe a su compatriota, la excéntrica y protectora de artistas, Lady Ottoline Morrell: "Extraño y siniestro país/ y gente oscura y salvaje". Si eso lo escribiera de México el propio Pacheco (que usa la máscara cultista) podría resultar un punto inconveniente, pues además el poema se abre con otra cita –esta vez de Graham Greene- que dice (en inglés) "Odio México". No hay duda, por tanto de a qué lugar se refiere la postal de Huxley, pero (de nuevo libros, estamos ante el uso de la cultura como paliativo y subrayado al tiempo) su preocupación por México, tierra a la que sin duda ama pero cuyo atraso lamenta. Pacheco traslada su inquietud al juicio, injusto y superficial, pero acaso veraz en un momento dado, de dos novelistas anglosajones, a quienes a su vez, sin duda ha leído y probablemente estima. También un poema tan magnífico en su sencillez y tan exacto como "Amistad" (la amistad como el amor termina, pero eso no implica infidelidad al recuerdo de lo pasado) necesita sostenerse en lo culto, en la cita, para ganar más en la hondura que ya tiene. Podría Pacheco ante un verso como: "la amistad/ que nunca es proceso sino un instante" haber acudido al famoso "dictum" de Jules Renard que, traducido, dice: "No hay amigos, sino momentos de amistad." En su lugar acude a otra cita, probablemente de una carta de D. H. Lawrence (otro novelista inglés, que en este caso sí quiso a México) dirigida al filósofo Bertrand Russell: "Let's became strangers again". Deja que otra vez nos convirtamos en extraños. Porque (dice José Emilio) "cada uno/ baja del Metro en la estación que le toca."

De nuevo, en un leve epigrama, "A los poetas griegos" (que en este caso son contemporáneos) Pacheco acude a los libros para realzar su sentimiento: "Sí, Cavafis:/ Don-

dequiera que vaya llevaré la ciudad./ Sí, Seferis:/ Dondequiera que voy me sigue hiriendo México." Más allá, en una "suite" dedicada a Chile, Pacheco tiene un recuerdo vivo para un gran poeta chileno, un poeta caudal, que no tuvo la suerte que merecía. Es el poema: "Habla Pablo de Rokha, antes de suicidarse." Luego (libro adentro) se cita un fragmento de *La Celestina* de Rojas. Todo es vitalismo y cultura (por encima y debajo de la poesía y la figura de un maldito) en las 10 diferentes partes –sin contar la introducción- que componen el estupendo poema "Alonso Cañedo: La lengua de Cervantes. Once poemas dementes". En otro libro más lejano, José Emilio usó epigrama y cultura para prestigiar la diferencia, es un texto breve que me sé, hace años, de memoria. Se titula, "Lugones a los ultraístas" y dice: "Hablo una lengua muerta/ y siento orgullo/ de que nadie me entienda." ¿Es una camuflada defensa del latín? ¿De la importancia de la alta cultura, aunque muchos la desdeñen? ¿O es sólo –y no sería poco- un juego inteligente sobre el devenir de la historia de la literatura? No sería muy distinto (aunque sí muy otro) un recorrido similar por otros libros anteriores de José Emilio, verbigracia, *Ciudad de la memoria* (1989), título que tanto define su propio hacer, o *Miro la tierra* (1986) su libro posterior al terrible terremoto que asoló la ciudad de México en 1985… Es imposible enfrentarse a la honda y clara poesía de José Emilio Pacheco, tan bien recibida hoy en España, sin constatar esta dualidad que algunos equivocados perseveran aún en hallar contradictoria: El poema de lo inmediato humano y el poema asentado y subrayado por el saber de un amante de la tradición y de los libros. Poeta humanista y próximo sin lugar a dudas, a lo mejor podríamos concluir diciendo que él es él y sus lecturas (o su memoria) o más apodíctico, al fin, que él es él y su biblioteca. Siempre bienvenido, José Emilio Pacheco.

Luis Antonio de Villena es poeta, novelista y ensayista.

José Emilio Pacheco
por
Ricardo Salazar

José Emilio Pacheco impartiendo la conferencia: “Visión del México posrevolucionario en algunos novelistas ingleses”, en Casa del Lago, UNAM, México D.F.

José Emilio Pacheco.

Coca-Cola

José Emilio Pacheco.

José Emilio Pacheco con Cristina, su mujer, y su hija, Laura Emilia.

Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Liliana Porter, Mercedes de Oteyza y Juan García Ponce en Casa del Lago, UNAM, México.

José Emilio Pacheco con un grupo de lectores

José Emilio Pacheco, Juan Rulfo, Carlos Valdés, Rosario Castellanos, Alberto Dallal y Juan García Ponce.
1964, Torre de Rectoría de la UNAM.

José Emilio Pacheco, Rubén Bonifaz Nuño, Carlos Pellicer y Juan José Arreola.

Ricardo Salazar (Ameca, México, 1922-México D.F., México, 2006) fue el fotógrafo de varias generaciones de escritores mexicanos, principalmente de 1954 a 1970.

Se inició en la fotografía a los 15 años en un estudio comercial, y en los 15 años siguientes terminó por profesionalizarse tanto en la fotografía de estudio, instalando en Guadalajara su propio taller, como en el fotoperiodismo, trabajando para el diario *El Occidental*, de Guadalajara.

Fue cronista gráfico y testigo de muchas reuniones, tanto en Guadalajara como en México D.F., de los que posteriormente se convertirían en grandes figuras literarias del panorama internacional. Destaca la relación de amistad que le unía con escritores de la época tales como Efraín Huerta, Jesús Arellano, Eduardo Lizalde o Juan Rulfo. Su obra no se restringió al ámbito mexicano, sino que su acervo incluye fotografías desde Pablo Neruda hasta Seamus Heaney, entre otros.

Lola Álvarez Bravo y Emmanuel Carballo influyeron decisivamente tanto en la vida personal como en su carrera profesional. La primera, fotógrafa mexicana, fue una figura ejemplar para el artista. El segundo, historiador y escritor mexicano, publicaba sus fotografías en la revista *Ariel*, fue quién le asesoró en su partida de Guadalajara a México D.F. y quién le encargó, a finales de 1953, ya en la capital, las fotografías de su serie de entrevistas *Protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX* (primera edición de 1965). Fue así como Salazar retrató a José Vasconcellos, Alfonso Reyes, Sergio Pitol, José Emilio Pacheco o Martín Luis Guzmán, entre otros. Carballo también le vinculó como fotógrafo con la *Revista Universidad de México* y con el *Fondo de Cultura Económica*.

El excelente trabajo fotográfico de Salazar, facturado con una cámara Rolleiflex y en blanco y negro, le hizo colaborar con otras publicaciones culturales tales como los *Cuadernos de Bellas Artes* o el suplemento *México en la Cultura* del diario *Novedades*, entre otras.

Su trabajo acusa un gran sentido de la composición; rostros de hombres y mujeres quienes, solos o integrados en un escenario, expresan sus emociones, a medio camino entre la fotografía posada y la fotografía documental. Sus fotografías son de mayor calidad que los habituales reportajes periodísticos caracterizados por la urgencia en su factura. Pero hay que señalar que Salazar también cultiva otras facetas apenas estudiadas: fotografía paisajística, arquitectónica o personajes de la vida urbana o universitaria.

Entre sus exposiciones destacar la última que se hizo en vida del autor, y que se celebró en la sala Miguel Covarrubias del Centro Cultural Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en octubre de 2004: *Memoria gráfica de la vida cultural*, 1956-1970, con 50 de sus fotografías.

Tras su fallecimiento, se depositó todo su acervo fotográfico en la UNAM, a través de la Coordinación de Difusión Cultural, con el compromiso de restaurar, conservar y difundir toda su colección.

José Emilio Pacheco
por
Rogelio Cuéllar

Escritura de Luz

José Emilio Pacheco

Las obras de Cuéllar no tienen título.
Cada una se llama fotografía,
escritura de luz, literalmente.
Todo se libra a tu imaginación.
Ves lo que quieres
en lo que Cuéllar te ha obligado a ver
enfocándolo
aislándolo del tumulto que llamas realidad
y que te asalta
a razón de unas cien mil imágenes por día.

No sé cómo veríamos el mundo
si no hubiera fotos como éstas
que lo revelan revelándolo,
desvelándolo,
quitándole los velos
que nos impiden verlo de verdad
y lo oscurecen.
Pero en ese momento
llega el fotógrafo:
la escritura de la luz enciende el mundo.

Pienso en Cuéllar como Whistler
podría llamar “composición” también a sus obras
y simplemente seriarlas.
Así de consumado es su balance.

Siempre son muy concretas sus abstracciones.
Cuéllar es un artista de la materia,
de todo aquello que se mueve y se muere.

Las ruinas de ese coche entre la maleza…
A diferencia de los que antes fueron
nos sabemos mortales,
no ignoramos
que será ruina todo cuanto vemos
(y nosotros con ello).
Sólo la hierba seguirá creciendo.

Cuéllar, artista de las ruinas…
Cuéllar podría ver Macchu Picchu,
Teotihuacán, Palenque y decirse
(como el primero que vio ruinas):
Para esto sirve el tiempo.
He aquí su obra.
Todo termina en estrago.
Claro que es cierto
pero no es menos cierto que el tiempo
sirvió también para hacer esto
y que las ruinas demuestran:
aquí hubo vida,
aquí alcanzó su esplendor
alguna forma de vida.

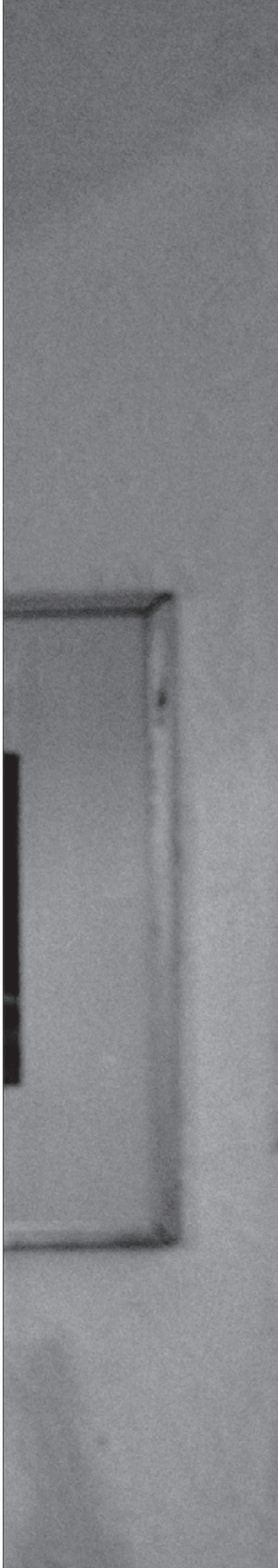
Quienes alzaron los palacios
siguen irguiéndolos.
No los habitarán.
Para ellos es la peregrinación en la niebla
o la venta de frutas y baratijas.

Sin embargo en los muros siempre hay ventanas.
Las puertas de la luz están abiertas.
Su escritura florece y habla
en ese Huerto del Silencio
que puede ser el nombre (quién sabe)
de una serie de fotos
o de un panteón humildísimo
en donde está la estrella junto a la luna.
Es decir, el astro del alba
que vuelve
como lucero en el crepúsculo.

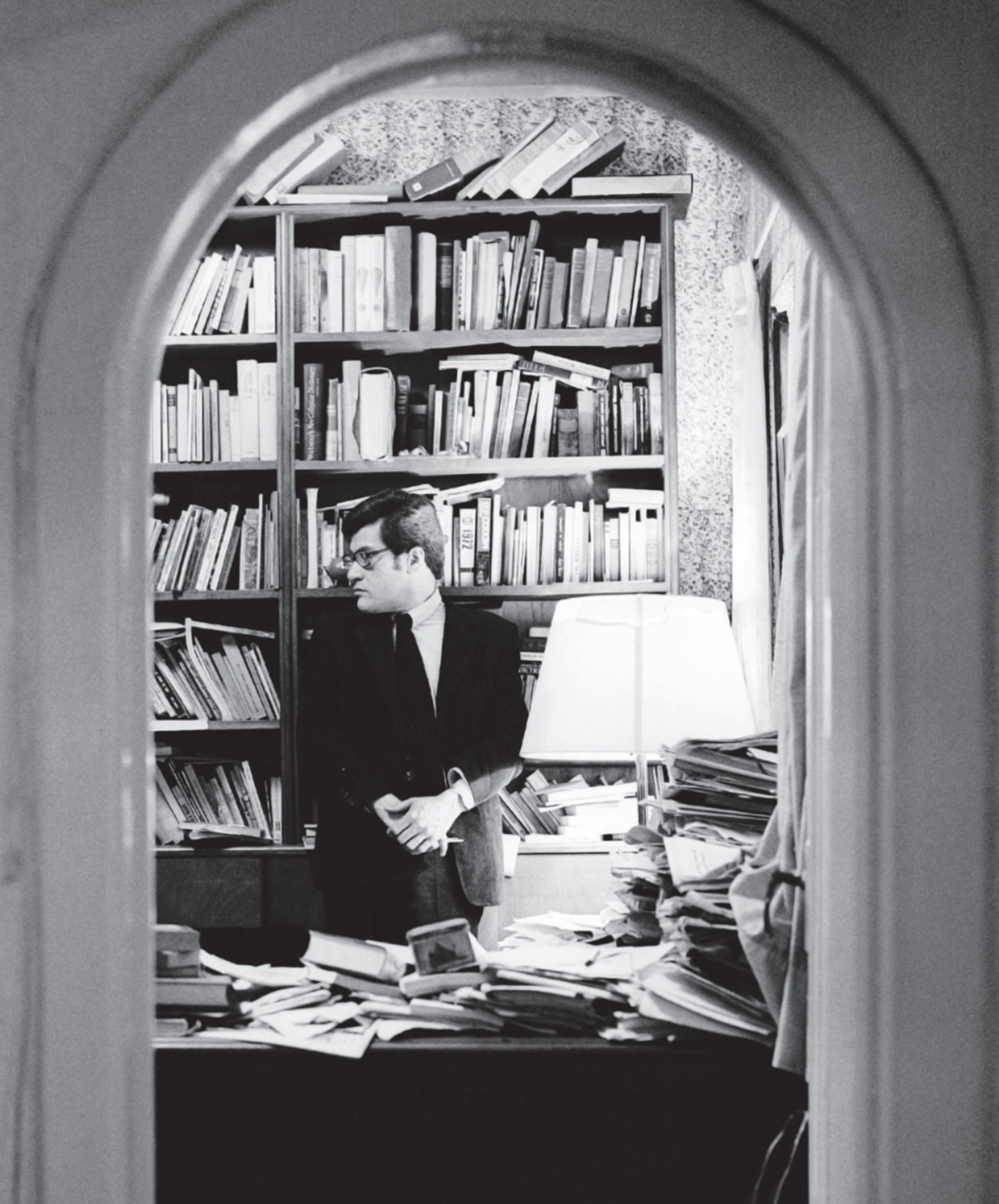
Cuéllar escribe con la luz,
con lo blanco
en la página negra.
Cuéllar se planta frente al Cristo inerme,
también martirizado por el sudario y la piedra,
al que crucificamos con la miseria y la guerra.
Sin embargo no todo es sufrimiento y desastre.
Cuéllar tiene ojos para ver el agua

(dulce o salada, agua del río o del mar
o de los lagos que matamos).

De la muchacha que contempla el agua
sólo vemos las piernas
pero nos bastan
para saber que la mujer es agua de vida,
madre de nuestras vidas,
centro del mundo
que nos enseña a mirar Cuéllar
con su luz,
su escritura afilada,
su dibujo
en la infinita página de un día.



José Emilio Pacheco en su estudio.


Webster's New Collegiate Dictionary
1972

José Emilio Pacheco
en su estudio.

José Emilio Pacheco.

José Emilio Pacheco.

José Emilio Pacheco en la Casa del Lago, UNAM, México D.F.

José Emilio Pacheco y su mujer, Cristina, en la Casa del Lago, UNAM, México D.F.

José Emilio Pacheco y el Dr. José Narro, Rector de la UNAM.

José Emilio Pacheco y el Dr. Juan Ramón de la Fuente, catedrático de la UNAM.

Rogelio Cuéllar (México, 1950), es uno de los artistas con mayor reconocimiento y prestigio en el circuito internacional de la fotografía, seguidor de la tradición fotográfica que emprendieron Manuel Álvarez Bravo, Lucien Clerque y Ralph Gibson.

Cursó estudios de cine, artes plásticas, así como de publicidad y periodismo en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Ha realizado innumerables fotografías para libros, revistas y publicaciones de centros culturales. Ha publicado los libros *Huellas de una presencia* (1981), *De frente y de perfil* (1993), en colaboración con Miriam Moscona, *El rostro de las letras* (1997), y *Entre la historia y la memoria* (2003), en colaboración con Silvia Cherem.

Se inició como fotógrafo en 1967 y, desde entonces a la fecha, ha presentado su obra en más de un centenar de exposiciones individuales y colectivas en más de treinta países del mundo. Ha desarrollado su oficio dentro del fotoperiodismo y la fotografía de autor en tres vertientes: el retrato de creadores, el paisaje rural y urbano y el desnudo fotográfico.

Su obra se encuentra en más de treinta acervos de instituciones, entre las que destacan: Fototeca del Colegio Nacional, México; Fototeca del Fondo de Cultura Económica, México; Casa de las Américas , La Habana, Cuba; The Museum of Fine Arts de Houston, Texas, USA; The Art Insitute of Chicago, Illinois, USA; California Museum of Photography, Riverside, USA; Colección Pingyao International Photography Festival, China; Colección Novi Manesh de Moscú, Federación Rusa.

Entre las distinciones que ha recibido se encuentran: Premio Nacional de Periodismo en la categoría de Reportaje Gráfico, México (1973); Primer lugar de la Primera Bienal de Fotografía INBA, México (1980); Mención de honor del concurso “Cuerpo y Fruta” de la Embajada de Francia en México (2000); Beca del Programa de Intercambio de Residencias Artísticas, México-París, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y la Cité Internationale des Arts (2006); Premio Bloksberg a la Paz por Innovación y Creatividad 2006, Fundación XART, USA; Selección Festival Aella Photo Latina, París (2006); Artista invitado al Festival Internacional de Fotografía de Pingyao, China (2007).

Rogelio Cuéllar ha fotografiado a la gran mayoría de los creadores mexicanos, haciendo un seguimiento histórico de ellos, así como de su proceso creativo. De hecho, su trabajo es un referente obligado para reconstruir una época de la vida cultural de México, a través de los rostros de sus más destacados creadores.

En marzo de 2009 fue invitado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México para realizar dos exposiciones de retratos de escritores mexicanos e iberoamericanos en el marco del Salón del Libro de París. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México.

www.rogeliocuellar.com / rogeliocuellar2003@yaho.com.mx

ÁLBUM DE ZOOLOGÍA

Piezas del Museo Nacional de Ciencias Naturales (Consejo Superior de Investigaciones Científicas)

Poemas de José Emilio Pacheco

Armonía, Zoología, Poesía

Esteban Manrique Reol

Se dice de la armonía que es el equilibrio entre las proporciones y que su resultado es la belleza. Por otra parte, sabemos que la amplia variedad de organismos vivos que habitan nuestro planeta lo hacen en armonía con el resto de los seres y con el entorno en el que moran.

Resulta, pues, fácil imaginar que la enorme diversidad biológica al alcance de nuestros sentidos constituya una fuente inagotable de inspiración, sobre todo para las mentes sensibles a esa conveniente proporción de estímulos que desencadena la percepción de lo bello. La admiración es aún mayor si se tiene en cuenta que esa diversidad biológica, esa biodiversidad si queremos emplear un término de actualidad, es el resultado de miles de millones de años de evolución y de adaptación a un medio en constante transformación. Los animales y las plantas conviven manteniendo un equilibrio en apariencia inmutable pero que, en realidad, cambia a cada momento. Cambio y proporción, una combinación que, irremediablemente, estimula la curiosidad en el ser humano, esa capacidad que nos ayuda a prosperar, a conocer, a relacionarnos.

La curiosidad nos permite narrar lo que ocurre a nuestro alrededor mientras buscamos una explicación a la esencia de nuestro propio existir. Y para tratar de entender, unos, los naturalistas, sintieron la necesidad de desvelar el orden de la Naturaleza. Empezaron a reunir producciones naturales, se dieron tiempo para estudiarlas y formaron colecciones, esas que hoy en día albergan los museos de ciencias naturales y los jardines botánicos de todo el mundo. Otros, sin embargo, dieron rienda suelta a su capacidad de abstracción y se dejaron impresionar por la cantidad de formas, colores, capacidades y comportamientos de los seres vivos. Tanto unos como otros

sintieron, finalmente, la necesidad de comunicar al resto lo aprendido tras ese acercamiento. Los científicos mediante clasificaciones e hipótesis que tratan de dar una explicación al porqué y el cómo de la existencia de la vida sobre el planeta Tierra; los músicos mediante sonidos, medidas y pausas; los poetas mediante composiciones que impactan en las almas sensibles; los escultores mediante volúmenes inspirados en esas otras múltiples formas preexistentes... Todos ellos, cada uno a su manera y para un público tan concreto como diverso, supieron extraer la armonía observada y darle una forma determinada, aquella que expresara lo mejor posible su visión de las cosas.

No hay duda: los animales y las plantas, desde tiempos inmemoriales, han inspirado el intelecto del ser humano. Como elementos constituyentes de una biodiversidad deslumbrante, son piezas clave de esa belleza generosa que nos ofrece la Naturaleza, un don que, por desgracia, no todos sabemos apreciar. Actualmente, la diversidad biológica está seriamente amenazada por el uso desmedido que el ser humano hace de ella. Los animales y las plantas ofrecen bienes y servicios fundamentales para nuestras sociedades, ya sea para comer, beber, vestirse, curarse o para recrearse. Sin embargo, esos recursos no siempre se saben utilizar de manera inteligente para lograr mantener la armonía del conjunto en el que todos convivimos. Precisamente por esto hoy la biodiversidad está en crisis y con el fin de sensibilizar a las personas sobre este grave problema 2010 se ha declarado por la ONU *Año Internacional de la Biodiversidad*.

En esta exposición celebramos, precisamente, la sensibilidad de un hombre, un poeta, José Emilio Pacheco, frente a la Naturaleza. Su visión personal de ese bien común nos permite deleitarnos en aspectos curiosos de los más diversos animales con los que él se ha ido cruzando. Y para acercar nuestra visión de científicos a la suya de poeta, hemos querido ilustrar cada una de sus composiciones con ejemplares, de apariencia casi viva, producidos por el arte de la taxidermia o de otros procesos de conservación. Este Museo Nacional de Ciencias Naturales guarda en sus colecciones tesoros inmensos que sirven para apoyar con bellos ejemplos lo que dicen o describen los poemas de Pacheco en sus obras “Los animales saben” y en “Especies en peligro (y otras víctimas)”. Esperamos que la presencia conjunta del objeto y de la palabra sirva para agitar doblemente las sensibilidades en pro de la biodiversidad, un bien común que estamos obligados a respetar y a conservar en su perfecta armonía.

Esteban Manrique Reol es Director del Museo Nacional de Ciencias Naturales.

Los ojos de los peces

A la orilla del mar la curva arena
y una hilera de peces muertos.
Como escudos después de la batalla.
Sin vestigio de asfixia ni aparente
putrefacción.

Joyas pulidas por el mar, sarcófagos,
encerraban su propia muerte.

Había un rasgo
fantasmal en aquellos peces:
ninguno tenía ojos.
Doble oquedad en sus cabezas.
Como si algo dijera que sus cuerpos
pueden ser de la tierra.
Pero los ojos son del mar.
Por ellos mira el mar.
Y cuando muere el pez en la arena
los ojos se evaporan, y al reflujo
recobra el mar lo que le pertenece.

CACHO Squalius pyrenaicus (Günter, 1868)

El cacho (Squalius pyrenaicus) es un pez óseo de la familia Cyprinidae de tamaño medio, que no alcanza los 30 cm de longitud.

Especie endémica de la Península Ibérica, se encuentra en las cuencas de los ríos Tajo, Guadiana y Guadalquivir, y del sur y el este peninsular. Se alimenta de invertebrados, plantas y otros peces.

Esta especie ha sido catalogada como “Casi Amenazada”, según los criterios de la UICN. Las principales amenazas que existen sobre las poblaciones son la introducción de especies exóticas en su área de distribución, así como la contaminación y la construcción de infraestructuras hidráulicas que destruyen su hábitat.

El ejemplar expuesto en la muestra ha sido transparentado y teñido posteriormente con rojo de alizarina, una técnica con la que se consigue la tinción del hueso. Para su conservación, se mantiene inmerso en glicerina.

MORPHO FABRICIUS, 1807
(Lepidoptera: Nymphalidae).

Las mariposas del género Morpho Fabricius, 1807 (Lepidoptera: Nymphalidae) son exclusivas de la región neotropical. Llaman la atención debido a su espectacular coloración azul en el dorso de las alas, que no es debido a ningún pigmento, sino a la reflexión de la luz en las diminutas escamas que cubren sus alas. Los ejemplares proceden de los fondos de la colección didáctica de la Colección de Entomología del MNCN, que se emplean habitualmente en exposiciones y actividades docentes.

Mariposa

El gato deshojó a la mariposa.

Con cuánto esfuerzo en tinieblas
el gusano se esculpió en flor.
La luz vistió su fealdad
con la belleza de una moda que nunca pasa de moda.

Y humanamente vino a parar en todo esto.

MARIPOSA DE LA REGIÓN NEOTROPICAL
(Insecta: Lepidóptera).

Pequeña muestra de algunas especies vistosas de mariposas diurnas que viven en la región neotropical. Los insectos incluidos pertenecen al orden Lepidoptera, concretamente a las familias Nymphalidae, Papilionidae, Pieridae e Ithomiidae. Los ejemplares proceden de los fondos de la colección didáctica de la Colección de Entomología del MNCN, que se emplean habitualmente en exposiciones y actividades docentes.

Gatidad

La gata entra en la sala en donde estamos reunidos.

No es de Angora, no es persa
ni de ninguna marca prestigiosa.
Más bien exhibe en su gastada pelambre
toda clase de cruces y bastardías.

Pero tiene conciencia de ser gata.
Por tanto
pasa revista a los presentes,
nos echa en cara un juicio desdeñoso
y se larga.

No con la cola entre las patas: erguida
como penacho o estandarte de guerra.

Altivez, gatidad,
ni el menor deseo
de congraciarse con nadie.

Duró medio minuto el escrutinio.

Dice la gata a quien entienda su lengua:
Nunca dejes que nadie te desprecie.

Gato

Ven, acércate más.
Eres mi oportunidad
de acariciar al tigre
-y de citar a Baudelaire-.

GATO DOMÉSTICO (Felis silvestris catus)
MNCN-M21746-7

Variedad doméstica de gato montés, capturados en Madrid y naturalizados para MNCN por el taxidermista Julio Patón en 1936.

RATÓN DE CAMPO (Apodemus sylvaticus)
MNCN-M6913-17
Diorama de Ratones de Campo capturados en Cercedilla (Madrid) y naturalizados para el MNCN por Luís Benedito.

Fragmentos de un poema devorado por los ratones

Comunidad de ritos primitivos,
los ratones adoran las tinieblas.
De noche se les ve
inquietos, siempre huyendo.
Incisivos, hambrientos, enfrentados
a la persecución, al ocultarse.
Siempre al acecho de quien los acecha…

MURCIÉLAGO DE HERRADURA (Rhinolophus ferrum-equinum). MNCN-M284

Murciélagos insectívoros capturados en la Cueva Cabo del río Lozoya en Madrid a mediados del siglo XX.

Los murciélagos no saben una palabra de su prestigio literario. Con respecto a la sangre, les gusta la indefensa de las vacas que no pueden hacer un collar de ajos, blandir un crucifijo o clavarles una estaca en el pecho.

A la broma sangrienta, al beso impuro (trasmisor de la rabia y el derrengue, capaz de aniquilar el matriarcado) oponen un pasivo coletazo que ya no asusta ni siquiera a los tábanos.

En venganza, los dueños del ganado se divierten crucificando al bebedor como si fuera una huraña mariposa excesiva.

El murciélago acepta su martirio y sacraliza el acto de fumar el cigarrillo que cuelgan de su hocico. En vano trata de hacer creer a sus perseguidores: “han mojado mis labios con vinagre”.

Según las opiniones que se escuchan, el murciélago es un ratón alado o un mosquito aberrante como aquellas hormigas un poco anómalas que echan a volar cuando viene la lluvia.

Algo sé de vampiros, aunque ignoro todo lo referente a los murciélagos. (La pereza me impide comprobar su renombre en algún diccionario.)

Prefiero imaginarlo como un reptil neolítico hechizado, detenido en el tránsito de las escamas al plumaje, en su ya inútil voluntad de convertirse en ave.

Por supuesto es un ángel caído. Ha prestado sus alas y su traje (de carnaval) a todos los demonios.

La noche es la caverna de su vuelo en tinieblas.

Odia al sol. La melancolía es el rasgo que define su espíritu.

Como nosotros, vive arracimado y es una cara anónima en la masa.

Ermitaño perpetuo, convierte cada cueva en su Tebaida. Acaso sufre acidia, tedium vitae.
Y no parece ilógico que gaste sus mañanas meditando en la profunda vacuidad del mundo;

ni que espume su cólera, su rabia, ante lo que hemos hecho de su especie.

Lo confirmamos en el Mal porque comparte la fealdad viscosa, el egoísmo y vampirismo humanos;

recuerda nuestro origen cavernario y tiene una espantosa sed de sangre.

Un Gorrión

Baja a las soledades del jardín
y de pronto lo espanta tu mirada.
Y alza el vuelo sin fin,
alza su libertad amenazada.

GORRIÓN COMÚN (Passer domesticus).
MNCN-A16901

Especie muy ligada al hombre.
Ejemplar Macho capturado en Madrid en 1930

Colibrí

El colibrí es el sol,
la flor del aire
entre las dos tinieblas.

COLIBRÍ PUNEÑO (Oreotrochilus estella)
MNCN-A6173

Ejemplar macho capturado en Ecuador a mediados del siglo XIX por Buchey para el Museo Boucard que, posteriormente lo donó al MNCN, donde fue naturalizado por el taxidermista de Sánchez.

Periquitos de Australia

Las flores en sus tallos,
libres los pájaros.
Desde muy niño he aborrecido las jaulas.
Me dan tristeza los arreglos florales.
A los doce años no pude rechazar el obsequio:
Periquitos de Australia.
«Periquitos de amor» los llaman en México.

Loros en miniatura, me parecieron adustos.
Despreciaron mi afán de congraciarme con ellos:
trapecio, alpiste, agua, material para nido,
hueso para afilar garras y pico.
No debí hacerlo nunca.

PERIQUITO (Melopsittacus undulatus).
MNCN-A27885-6

Especie muy popular como mascota. Ejemplares naturalizados por José María Benedito para el MNCN en la década de los años 1930.

Los pájaros

La primera impresión de Veracruz en mi infancia
fue aquella densa marejada:
negras aves que parecían traer la noche en sus alas.
-se llaman pichos- me dijeron.
Deben ser tordos o zanates o alguna variedad semejante.
Aunque el nombre no importa, lo perdurable
era la oscura garrulería, el temor,
la indisciplina misteriosa con que los pájaros
iban cubriendo -grandes gusanos o langostas- los árboles.
Bajaban como aerolitos de las cornisas y los cables eléctricos,
inerme multitud que intenta en vano conjurar la catástrofe.

El crepúsculo ahogado de calor se extinguió,
lumbre ya sin rescoldo en aquellas frondas.
También el cielo fue un ave negra
e inesperadamente se posó el silencio en el aire.
Entramos en el hotel después del largo viaje.
Mi abuelo
compró el periódico de México
y me leyó noticias de aquella bomba,
de aquel lugar con un extraño nombre remoto,
de aquella muerte que descendió como la noche y los pájaros,
de aquellos cuerpos vivos arrasados en llamas.

Conjunto de ejemplares capturados (excepto los Periquitos) en la Sierra de Guadarrama y alrededores en la provincia de Madrid, naturalizados en distintas épocas por los taxidermistas del Museo. José María Benedito en los años 50 del pasado siglo prepararó Torcecuellos, Piquituertos, Currucas y Herrerillos. Julio Patón naturalizó el macho y la hembra de Escribano Soteño en 1954 y los Petirrojos y Andaríos (capturados en Zamora) fueron preparados por Angel Chaves hacia 1960

El Erizo

El erizo tiene miedo de todo y quiere dar miedo
en el fondo del agua o entre las piedras.
Es una flor armada de indefensión,
una estrella color de sangre,
derruida en su fuego muerto.

Zarza ardiente en el mar, perpetua llaga
resiste la tormenta en su lecho de espinas.

El erizo no huye: se presenta
en guerra pero inerme ante nuestros ojos.

Al fondo de su cuerpo la boca, herida abierta, discrepa
de su alambre de púas, su carcaj
de flechas dirigidas a ningún blanco.

Testigo vano de su hiriente agonía,
el erizo no cree en sí mismo ni en nada.
Es una esfera
cuya circunferencia está en el vacío.
Es una isla
asediada de lanzas por todas partes.

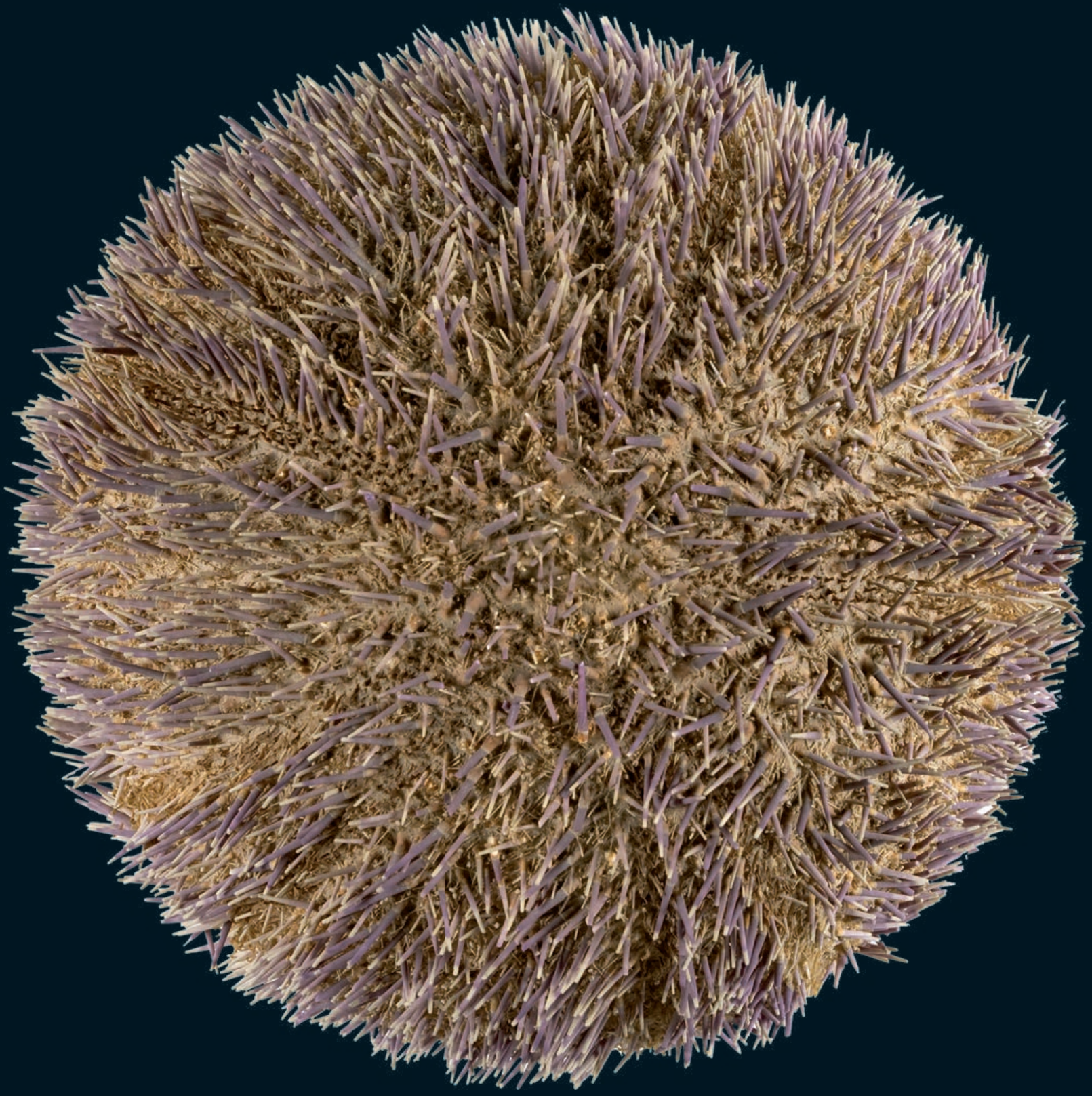
Soledad del erizo, martirio eterno
de este San Sebastián que nació acribillado.
El erizo nunca se ha visto.
No se conoce a sí mismo.
Tan sólo puede imaginarse a partir
de los otros erizos,
su áspero prójimo,
su semejante rechazante.

Bajo el mar que no vuelve avanza el erizo
con temerosos pies invisibles.
Se dirige sin pausa hacia la arena
en donde está la fuente del silencio.

ERIZO GRANDE E*chinus esculentus* Linnaeus, 1758
MNCN 29.03/90

Reino: ANIMALIA
Filum: ECHINODERMATA
Clase: ECHINOIDEA
Orden: DIADEMATOIDA
Familia: ECHINIDAE

El erizo grande es un erizo de mar con el caparazón de forma globosa, más o menos aplanado, de color rojizo, con las puntas de las espinas púrpuras. Hay también ejemplares verdosos. Su tamaño es mayor aún que el del erizo melón (*Echinus melo*) y puede alcanzar los 18 cm de diámetro. Como todos los erizos regulares, la boca se halla en posición ventral, rodeada de una serie de piezas calcáreas articuladas entre sí por ligamentos que forman en conjunto la llamada "linterna de Aristóteles". El ano está en el extremo opuesto, en posición dorsal. Se distribuye por las costas atlánticas europeas, en fondos rocosos, desde el nivel intermareal hasta los 40 m de profundidad. Puede desplazarse gracias a un sistema locomotor que en su parte externa forma una serie de pequeños pedículos denominados pies ambulacrales. Su alimentación es omnívora y abarca desde algas a briozoos, gusanos marinos, moluscos y crustáceos fijos del tipo de las bellotas de mar o balanos.



El Sapo

Es por naturaleza el indeseable.
Como persiste en el error
de su viscosidad palpitante
queremos aplastarlo.

Trágico impulso humano: destruir
lo mismo al semejante que al distinto.

El sapo,
hermoso a su manera,
lo ve todo
con la serenidad
de quien se sabe destinado al martirio.

SAPO COMÚN, Bufo bufo
(Linnaeus, 1758)

Ejemplar perteneciente a la colección de anfibios y reptiles del MNCN, colectado a principios del otoño de 1985 en Pelahustán (Toledo). Tras una fuerte lluvia que, a la par de mitigar los calores y sequías del verano, templa las frías noches de la meseta castellana.

Estas primeras lluvias otoñales son aprovechadas por los sapos, y anfibios en general, para salir de sus refugios estivales donde soportan, lo mejor que pueden, los rigores del verano. En las carreteras mojadas o encharcadas, pasan horas refrescándose y tratando de alimentarse de insectos, lombrices y otros animalillos. Pero ello tiene sus riesgos, o tal vez sea el destino predicho por Pacheco, el de asumir el martirio de morir aplastado bajo las ruedas de un moderno automóvil...si no pasa por allí un samaritano que lo recoge para que su muerte no sea en bajo y ayude al avance de la ciencia y la cultura.

Las ostras

Pasamos por el mundo sin darnos cuenta,
sin verlo,
como si no estuviera allí o no fuéramos parte
infinitesimal de todo esto.
No sabemos los nombres de las flores,
ignoramos los puntos cardinales
y las constelaciones que allá arriba
ven con pena o con burla lo que nos pasa.

Por esa misma causa nos reímos del arte
que no es a fin de cuentas sino atención enfocada.
No deseo ver el mundo, le contestamos.
Quiero gozar la vida sin enterarme,
pasarla bien como la pasan las ostras,
antes de que las guarden en su sepulcro de hielo.

COLECCIÓN MALACOLOGÍA:

Estos dos moluscos marinos de nombre científico Placuna sella (Gmelin, 1791) y Crassostrea sp. pertenecen a la familia Ostreidae, vulgarmente conocida como ostras.

Las ostras son bivalvos que viven en todos los mares del mundo, fijándose al sustrato donde cementan una de sus valvas gracias a secreciones como las que dan lugar a la concha. Son además conocidos como uno de los mariscos comestibles más apreciados, así como por su capacidad de formación de perlas, aunque esta característica puede darse también en otros moluscos.

Los dos ejemplares pertenecen a la Colección Didáctica de la Colección de Moluscos del Museo Nacional de Ciencias Naturales (C.S.I.C.).

CANGREJO DE COSTA AMERICANO Grapsus pictus Lamarck, 1801
MNCN 20.04/142

Reino: ANIMALIA
Filum: ARTHROPODA
Clase: CRUSTACEA
Orden: DECAPODA
Familia: GRAPSIDAE

El cangrejo de costa americano o cangrejo de roca es un cangrejo de mar de tamaño mediano con el caparazón de color pardo o rojizo en la parte dorsal y azulado en la ventral y el cuerpo aplanado, lo que le da una apariencia llamativa y muy característica. Es muy común en el litoral suramericano del Pacífico, desde la Baja California hasta Chile, incluidas las islas Galápagos, donde a menudo pueden observarse junto a las iguanas marinas. Se alimenta de las algas que encuentra en su deambular por la costa, entre las rocas y en zonas de rompiente, así como de pequeños residuos de animales muertos, aunque asimismo captura moluscos y otros cangrejos. Los individuos de esta especie suelen encontrarse agrupados y buscan refugio en las grietas de las rocas cuando el oleaje es intenso. Al igual que otras especies de la misma familia, muestran un complejo comportamiento social ritualizado mediante distintas señales

Discurso sobre los cangrejos

En la costa se afirma que los cangrejos
son animales hechizados
y seres incapaces de volverse
a contemplar sus pasos.

De las tercas mareas aprendieron
la virtud del repliegue, el ocultarse
entre rocas y limo.

Caminantes oblicuos,
en la tenacidad de sus dos pinzas
sujetan el vacío que penetran
sus ojillos feroces como cuernos.

Nómadas en el fango y habitantes
en dos exilios:
extranjeros
ante los pobladores de las aguas
y ante los animales de la tierra.

Trepadores nocturnos,
armaduras errantes,
hoscos, pétreos, eternos fugitivos,
siempre rehúyen la inmortalidad
en imposibles círculos cuadrados.

Su frágil caparazón
incita al quebrantamiento,
al pisoteo…

(Hércules vengó así la mordedura
y Juno que lo envió en misión suicida
para retribuirlo a Cáncer
entre los doces del Zodiaco
a fin de que sus patas y tenazas encaminen
al sol por el verano,
el tiempo en que germinan las semillas.)

Se ignora en cuál momento dio su nombre
a ese mal que es sinónimo de muerte.
Aun cuando termina el siglo veinte
permanece invencible
– y basta su mención para que el miedo
cruce el rostro de todos los presentes.

Microscopio

El microscopio me engrandece. Veo
Multitudes, batallas, grandes éxodos.
La vida que se mueve siempre en combate.
Y en todas partes el dolor y el miedo.

Sin ayuda de la óptica electrónica
Otros ven nada más
Una gota de agua o un corpúsculo
De tierra en que no hay nada.

Desde otro microscopio alguien observa
Nuestra afrentosa pequeñez y ficha
A tan ínfima especie con un nombre
Científico entre tantos:

Humanidad doliente.

MICROSCOPIO SIMPLE-COMPUESTO
Colección de Arqueología de la Técnica e Industrial. MNCN.CSIC

JULIO GONZÁLEZ-ALCALDE
Conservador de las colecciones de Artes Decorativas, Arqueología de la Técnica e Industrial y Pintura Histórica del MNCM.CSIC

Construido en latón y vidrio al estilo inglés, por George Adams circa 1750-1770, y descrito por su autor, que en uno de los pies del soporte, lo firmó G. Adams. Nº 60 Fleet Street, London. Su altura es de 40 cm. Es de posible uso biológico-mineralógico, lo que en el siglo XVIII se denominaba Variable, puesto que podía ser empleado como microscopio simple o compuesto. Está formado por un tubo-telescopio, espejo y platinas desmontables. Presenta enfoque por sistema de cremallera, al que se le asignaron cuatro lentes-objetivos, tipo Wollaston, y un portalentes. En la parte cilíndrica se acoplan el ocular y los objetivos. La platina y el espejo cóncavo pueden moverse de forma longitudinal a lo largo del eje. Toda la pieza pivota sobre un limbo ubicado en la parte superior, para conseguir la inclinación precisa.
Pudo pertenecer a D. Antonio de Ulloa o a D. Pedro Franco Dávila. Sólo se conocen dos microscopios de características semejantes: uno en el Museo de la Ciencia de Ginebra, y otro en el Science Museum de Londres.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS (CSIC)

PRESIDENTE
Rafael Rodrigo Montero

MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES (MNCN-CSIC)

DIRECTOR
Esteban Manrique Reol

VICEDIRECTORA DE EXPOSICIONES Y PROGRAMAS PÚBLICOS
Soraya Peña de Camus

VICEDIRECTOR DE INVESTIGACIÓN
Pablo Peláez-Campomanes de Labra

VICEDIRECTOR DE COLECCIONES
Jorge Juan Miguel Lobo

GERENTE
Ma. Ángeles Azcunaga Temprano

COLECCIÓN DE INVERTEBRADOS
Conservador, Javier Ignacio Sánchez Almazán

COLECCIÓN DE ENTOMOLOGÍA
Conservadora, Mercedes París García

COLECCIÓN DE AVES Y MAMÍFEROS
Conservadora, Josefina Barreiro Rodríguez

COLECCIÓN DE ARQUEOLOGÍA DE LA TÉCNICA INDUSTRIAL
Conservador, Julio González Alcalde

COLECCIÓN DE ICTIOLOGÍA
Conservadora, Gema Solís Fraile

COLECCIÓN DE MALACOLOGÍA
Conservador, Rafael Araujo Armero

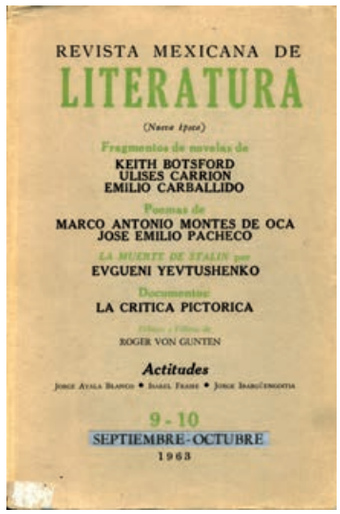
COLECCIÓN DE HERPETOLOGÍA
Conservador, José Enrique González Fernández

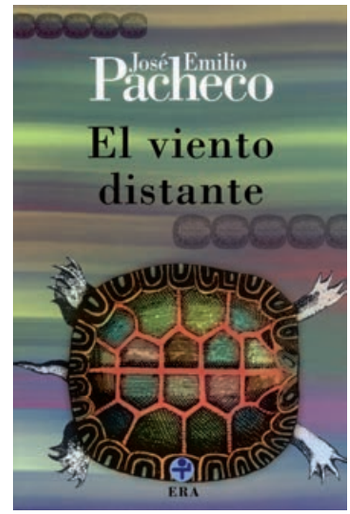
COORDINACIÓN
Ma. Victoria Rodríguez Vega

Aprendimos que no se escribe en el vacío…

José Emilio Pacheco

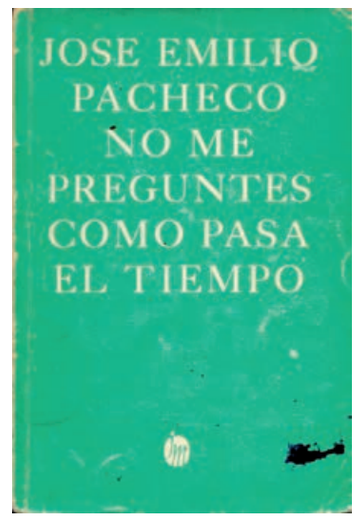
Los libros de José Emilio Pacheco, cuyas portadas se reproducen a continuación, son patrimonio de la Universidad de Alcalá y pertenecen al fondo de la Biblioteca Universitaria. Apenas son una pequeña muestra que sirve para ilustrar la amplia producción bibliográfica de José Emilio Pacheco.


REVISTA MEXICANA DE
LITERATURA
(Nueva Época)
Fragmentos de novelas de
KEITH BOTSFORD
ULISES CARRION
EMILIO CARBALLIDO
Poemas de
MARCO ANTONIO MONTES DE OCA
JOSE EMILIO PACHECO
LA MUERTE DE STALIN por
EVGUENI YEVTUSHENKO
Documentos
LA CRITICA PICTORICA
ROGER VON GUNTEN
Actitudes
9 - 10
SEPTIEMBRE-OCTUBRE
1963

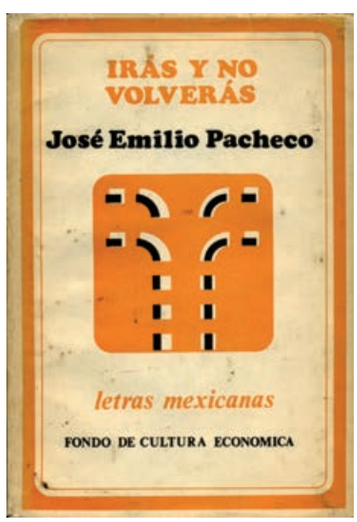

José Emilio
Pacheco
El viento
distante
ERA

poesía en
movimiento
MEXICO 1915-1966
selecciones y notas de
octavio paz,
ali chumacero,
josé emilio pacheco
y homero aridjis
prólogo de octavio paz
XXI

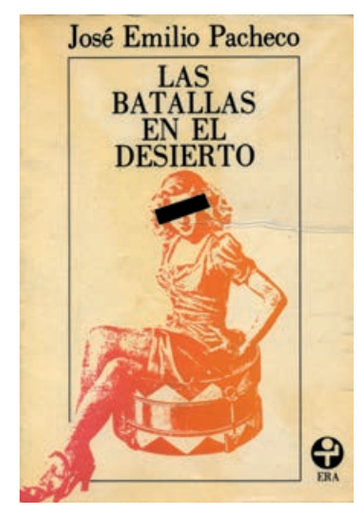
JOSÉ EMILIO PACHECO
EL REPOSO
DEL FUEGO
letras mexicanas
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA


JOSE EMILIO
PACHECO
NO ME
PREGUNTES
COMO PASA
EL TIEMPO

arturo ripstein
josé emilio pacheco
el santo oficio
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SINALOA

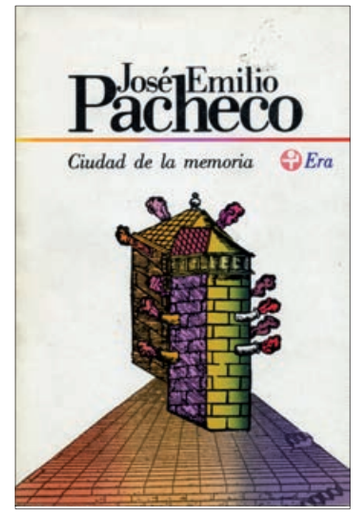

IRÁS Y NO
VOLVERÁS
José Emilio Pacheco
letras mexicanas
FONDO DE CULTURA ECONOMICA

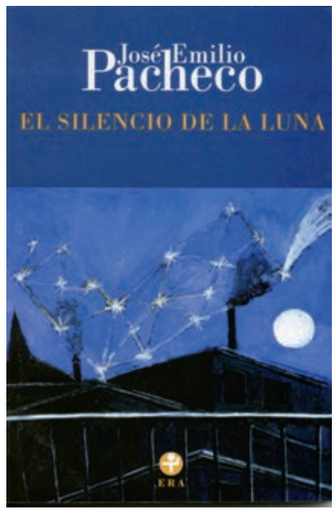
José Emilio
Pacheco
Desde
entonces
ERA


José Emilio Pacheco
LAS
BATALLAS
EN EL
DESIERTO
ERA

José Emilio
Pacheco
Los trabajos del mar
Era

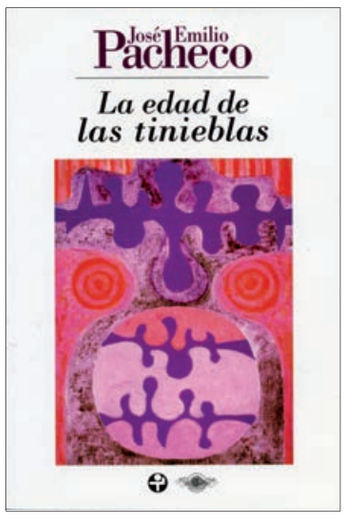
JOSÉ E. PACHECO
Fin de siglo
y otros poemas


José Emilio
Pacheco
Ciudad de la memoria
Era


José Emilio
Pacheco
EL SILENCIO DE LA LUNA
ERA

JOSÉ EMILIO PACHECO
TARDE
O TEMPRANO
[POEMAS 1958-2000]
letras mexicanas
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

JOSÉ EMILIO PACHECO
TARDE O TEMPRANO


José Emilio
Pacheco
La edad de
las tinieblas

José Emilio
Pacheco
Como la lluvia

JOSÉ EMILIO PACHECO
CONTRAELEGÍA
Introducción, edición y selección de
Francisca Noguerol
XVII PREMIO REINA SOFÍA
DE POESÍA IBEROAMERICANA

José Emilio Pacheco
por
Antonio Gálvez

CI REPOSE
ICI REPOSE
ENT VAN GOG
DORE VAN GOG

Homenaje a Gálvez en contra de Gálvez

José Emilio Pacheco

En vano le digo que no, que soy un desconocido, padezco lampenfieber –temor de presentarse ante el público, fobia de la multitud expectante –me avergüenza salir en periódicos, creo que la literatura debe ser anónima y colectiva…

Pero Gálvez no cede. Por algo José Ortega y Gasset le dijo a Alfonso Reyes: –"Vistos desde el corazón de un español, los hispanoamericanos siempre parecéis blandos". Y allí estoy como un perfecto imbécil, con el triste exhibicionismo del bufón; entre las tumbas, entre la basura, o en pleno Quartier Latin a mediodía, radicalmente ajeno, pensando en lo que pasa en México, esa "patria de lágrimas, mi patria" que definió un poeta del siglo XIX cuando México era el Vietnam de Luis Bonaparte y los guerrilleros de Juárez evitaron que se convirtiese en una Argelia americana. Allí estoy en fin hasta que Gálvez me levanta el castigo y la curiosidad hostil de la gente transforma la vergüenza en más o menos pudoroso cinismo.

Para hacer estos cuadros –de algún modo hay que llamar a unas creaciones que se encuentran más allá de la pintura y no tienen sino una semejanza técnica con la fotografía– Gálvez arrasó con nuestra soberbia, nos enfrentó al mundo y a nosotros mismos, nos obligó a reconocernos en un desconocido.

Lo más grave de todo es que –como Goya al esperpintar a la familia de Carlos IV–este otro verdugo, este otro gran artista español actuó sin clemencia y a tal punto que obtuvo perversamente la complicidad misma de sus víctimas.

México, noviembre 15, 1968.

José Emilio Pacheco en la tumba de Van Gogh
Auvers-sur-Oise, Isla de Francia, 1968
39'5 x 29'5 cm.

José Emilio Pacheco en la Iglesia de Auvers-sur-Oise
Isla de Francia, 1968
36 x 29’8 cm

José Emilio Pacheco en el cementerio de Auvers-sur-Oise
Isla de Francia, 1968
39’5 x 29’5 cm.

José Emilio Pacheco
París, 1969
40 x 29’5 cm.

José Emilio Pacheco en el Panteón de París
París, 1968
39’5 x 29’5 cm.

José Emilio Pacheco en el Boulevard de Montparnasse
París, 1968
39’5 x 29’5 cm.

PLAISANCE
L'ÉCHA
LIQU
PRISON DE

José Emilio Pacheco
París, 1969
29’5 x 39’5 cm.

Antonio Gálvez (Barcelona, España, 1928), es un artista muy valorado y respetado en el panorama internacional, que desarrolla su carrera entre España y Francia. Su creación consta de fotografías, fotomontajes realistas, surrealistas, calificados por varios autores como "goyescos", donde incorpora en ocasiones pinceladas de pintura.

Vivió en París desde 1965 a 1992. En los años sesenta trabajó en el mundo del teatro, tanto en España como en Francia.

A partir de los años 70 sus fotomontajes se imponen sobre el resto de su producción. En 1969 empezó a colaborar con Luis Buñuel y da comienzo su trabajo sobre el cineasta, la colección de 115 obras "Huellas de una mirada sobre Buñuel". Realizó obras sobre Gaudí y empezó la colección de 70 obras-retratos de grandes personajes del mundo de la pintura, escultura, literatura, poesía y cine, "Mes amis les grosses têtes" ("Mis amigos los Ilustres"), entre las que se encuentran las dedicadas a José Emilio Pacheco. Entre 1971 y 1972 colaboró en varias películas. De 1973 a 1992 realizó la serie de 77 piezas sobre el tema de la locura de nuestro mundo, "Esa falsa luz del día (locura de este mundo)", quizá su colección más ambiciosa, que contiene textos de Juan Goytisolo y Julián Ríos. De 1976 a 1979 creó diez cofres originales con el título "Antonio Gálvez y la descomposición de los mitos", una colección de 10 obras y 5 textos manuscritos de grandes escritores contemporáneos como Juan Goytisolo, Julio Cortázar, Severo Sarduy o Julián Ríos. En 1979 se incorporó en la UNESCO de París como autor de las fotografías y asesor del Año Internacional del Niño. En 1987 terminó la colección de cinco piezas "Los diez mandamientos", donde reinterpretó el código moral, y empezó la serie de 81 obras del "Erotismo con la ironía quevedesca". Esta colección la continúa ya en Barcelona, a donde regresa en 1992, y se caracteriza por la introducción del color en su obra, aunque de manera muy sutil. Al margen de la citada serie, en los últimos años se ha dedicado a la colección de 52 piezas "El maravilloso monstruario de París".

Ha sido galardonado con diversos premios nacionales e internacionales. Ha publicado libros y colaborado en muchos otros.

Su primera exposición es en 1966 en el Théâtre Sarah Bernhardt de París, seguida de la muestra en el Festival Internacional de Teatro de Avignon en Francia, invitado por Jean Vilar. Desde entonces ha participado en numerosas exposiciones individuales y colectivas como las celebradas en el MNCARS (1991), en el Museo de Bellas Artes de Bilbao (1995), en el Espace Photo-Visions en Montpellier o en el Instituto Cervantes de Tolouse (Francia, 1997), en la Fundación Van Gogh en Arles (Francia, 2002), en el Fond national d'art contemporain francés (2003), en Cultureel Centrum Enzelvned vzw (Países Bajos, 2004), en la Fundación Vila Casas de Barcelona (2009) o en el Museo Mimara en Zagreb (Croacia), entre otras.

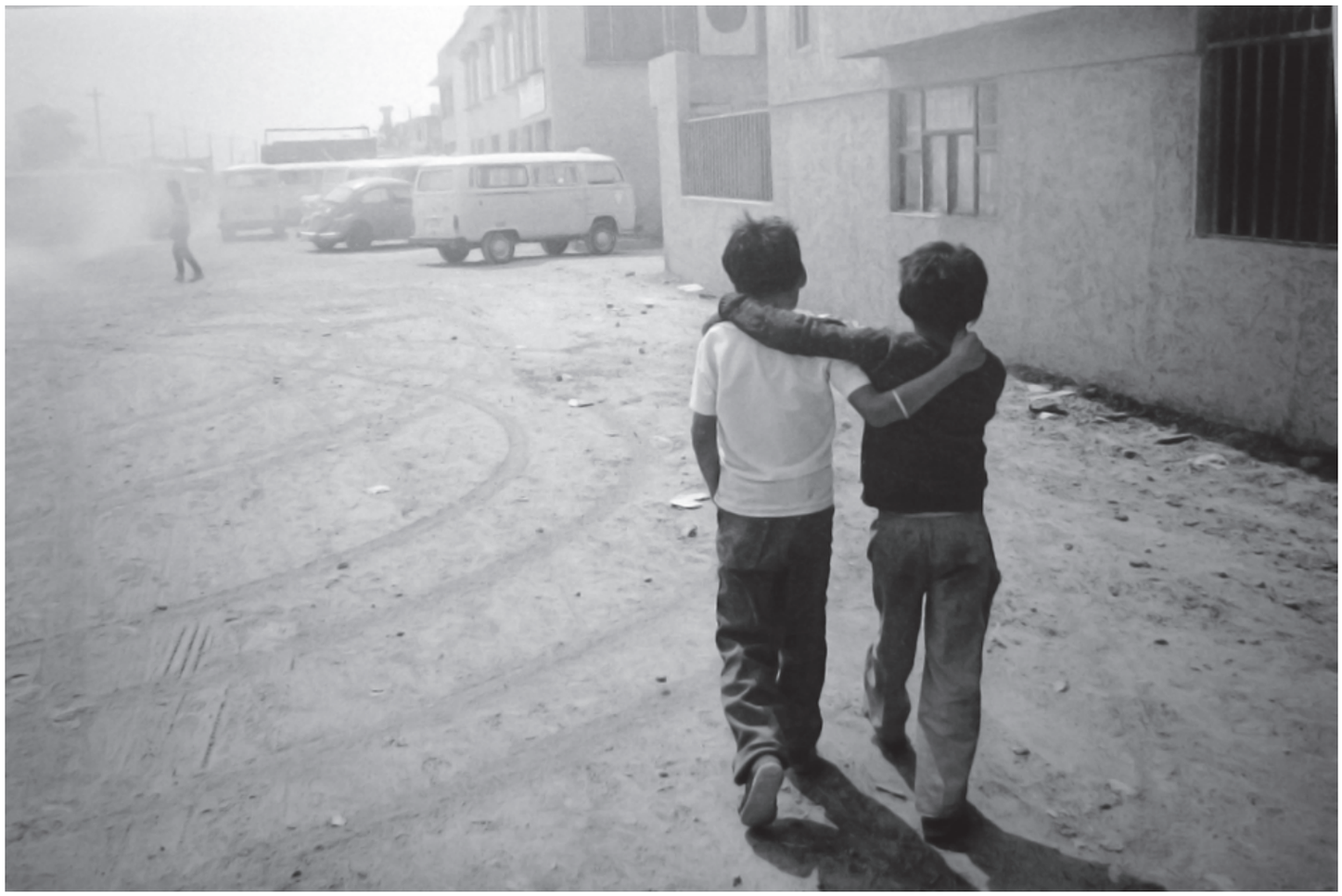
Sus obras se encuentran en diversas colecciones públicas y privadas, tales como la Bibliothèque National de France (París), en el Fonds National d'Art Contemporain francés, la Fundación Vila Casas (Barcelona), la Junta de Andalucía, el Ayuntamiento de Montpellier (Francia), el Centro Buñuel de Calanda (Teruel), Círculo de Arte de Barcelona, etc.

José Emilio Pacheco en la Plaza de la Contrescarpe
Serie: "Esa falsa luz del día"(locura y suicidio) (1973-1992)
París, 1968
40'5 x 30'5 cm.

La Última Ciudad

fotografías de
Pablo ortiz monasterio

texto de
José Emilio Pacheco



Amigos, 1992
30 x 44 cm.

La Última Ciudad

José Emilio Pacheco

Por su obra personal y su actividad como promotor de libros y revistas, Pablo Ortiz Monasterio ocupa un sitio central en la fotografía mexicana y es uno de aquellos que ha contribuido a situarla en el primer plano de nuestras artes contemporáneas. Desde hace más de un cuarto de siglo México ha ido de una crisis a otra, cada una más grave que la anterior. Lo sorprendente es que la actividad artística en vez de menguar o de extinguirse ante las dificultadades parezca fortalecerse con ellas. La fotografía se ha convertido en la gran crónica gráfica, la historia plástica de lo inmediato, de nuestro fin de siglo y fin de época.

En las fotos reunidas en el libro La última ciudad, Pablo Ortiz Monasterio es el caminante de la ciudad de México. Sus obras son en el mejor sentido de la palabra Instantáneas, fijan para nosotros todo aquello que sin su mirada y el ojo de su cámara no hubiéramos visto y se hubiese perdido para siempre. A La última ciudad podría aplicársele la celebre definición que Stendhal dio acerca de la novela: un espejo paseado a lo largo de un camino. Tal vez, pero un espejo selectivo, preciso, implacable que retiene sólo aquello que vale la pena conservar.

El camino es un desierto lleno de gente y un laberinto que ha perdido su nombre porque ha llegado a ocupar la ciudad entera. A Pablo Ortiz Monasterio le tocó un tema infinito: la última ciudad o la primera post ciudad, título que México se disputa trágicamente con Los Angeles. Todas las previsiones y predicciones han cedido ante una realidad que nadie sabe cómo afrontar y anuncia lo que puede ser en todas partes la vida urbana en el próximo siglo.

México es una ciudad post apocalíptica. Ha resistido los finales anunciados que incluyen los terremotos devastadores de 1985, la sobrepoblación, la conta-

minación más allá de lo que se creyó podía resistir el organismo humano y el ahondamiento siempre creciente de la miseria. El país intentó entrar de lleno en el siglo XXI sin haber resuelto los problemas siglo XVI. Pablo Ortiz Monasterio no ofrece soluciones, ni es su papel. Su misión es dar testimonio y hacer arte, escribir con la luz y con la sombra.

La ciudad es su gente, parece decirnos con sus imágenes Pablo Ortiz Monasterio. Por supuesto no excluye el marco en que transcurren veinte millones o más de existencias. Allí están las antenas de televisión que hacen parte de la aldea global a nuestra aldea megapolitana y muestran los espejismos del consumo a quienes nada tienen para alcanzarlos. México es ahora y por sobre todas las cosas la ciudad de los pobres. Ellos son al terminar el siglo veinte sus habitantes naturales. Todos los demás nos hemos vuelto en extranjeros, por más que hayamos nacido y vivamos aquí.

Su miseria nos empobrece y nos afrenta. Como en la vieja frase, todos estamos en el mismo barco, la nave zozobrante de una ciudad que flota sobre el lodo de su lago muerto, su zona sísmica y sobre todos sus problemas sociales irresolubles en la era de la guerra de los ricos contra los pobres. El pensamiento del final es dolorosamente confortante: nos absuelve por un momento de intentar soluciones. Para qué, esto ya no tiene remedio, más temprano que tarde se va a acabar. Pablo Ortiz Monasterio niega la resignación pero no exhorta: muestra. La vida continúa y él, por el sólo hecho de retratarla, se pone de su lado, la defiende, la alaba a despecho de todos los desastres y sufrimientos.

Una pareja se abraza en lo alto de la Torre Latinoamericana y al enlazarse hace suya la inmensa ciudad ajena. Los ha excluido y ahora está a sus pies, nueva y antiquísima, una ciudad distinta para cada uno de sus habitantes. La cabeza de Juárez se difumina y por contraste se hace más presente. El caballito de metal levanta al cielo la cabeza. Y en esta yuxtaposición inesperada parecen cifrarse la resistencia y la esperanza.

Entre las ruinas de lo que no fue —esas paredes de ladrillo blanco que están por todas partes y son como un símbolo del México siempre inconcluso para bien y para mal— los guajolotes desconcertados se interrogan con preguntas humanas: quiénes somos, de dónde venimos, hacia dónde vamos, por qué y para qué estamos aquí. No saben lo que les espera o quizá tienen perfecta consciencia de ello. Nunca podremos enterarnos.

Al lado de una de las vías que expulsaron a las personas para hacer que reinara el automóvil dos niños se entrenan en el rito ancestral y solar del toreo, camino de sangre para escapar de la miseria. Bajo el amparo de la virgen de Guadalupe en la que se funden todas las creencias y todas las sangres un joven explora la moder-

nidad que tiene a su alcance: los juegos electrónicos. Ante ellos una radio portátil anterior a la miniaturización se ve ya anacrónica. No tanto como el busto solemne de un expresidente. (¿adónde irán después de cada sexenio las efigies que adornan todas las oficinas del país?)

A Zapata no le dieron la oportunidad de que lo desgastara el poder. En el muro que dejó una demolición su rostro mural observa, advierte, señala. Un anciano milenario lleva sobre su cuerpo los símbolos de dos religiones enemigas que en él y en México se han unido aunque todavía no reconciliado. En la esquina del palacio colonial sostiene el edificio la cabeza de serpiente —símbolo de la tierra y la renovación incesante— que estuvo en el Templo Mayor. Al fondo los edificios horribles con que sustituimos en aras del lucro todas la grandezas pasadas. Y en primer plano la niña que podría haber estado allí mismo vendiendo su triste mercancía desde hace trescientos años. La serpiente de piedra rima con la viva y sibilante que sostiene en sus manos un joven con gorra de Texas. Como si se burlarla de nuestro intento en años recientes de cambiar el mestizaje por el mextexaje.

En cambio otros dos niños se abrazan solidarios en las calles de tierra de su colonia. En la "ciudad perdida" el coche de ayer es otra advertencia de qué pronto pasa todo. Los "diablitos" que enmarañan los registros eléctricos muestran hasta qué punto nuestra legalidad es la ilegalidad impuesta por la sobrevivencia: robamos corriente como robamos vida. Y el fondo, la gran protagonista de estas imágenes y de estos años: la antena de televisión. ¿Cómo se recibirán en el imperio de la miseria los mensajes concebidos para la sociedad que ha alcanzado el mayor nivel de consumo en toda la historia?.

En una casa el receptor se ha vuelto el nuevo altar. El sitio que ocupaban los santos de bulto ahora lo llenan los fantasmas que miles de puntos de luz tejen en la pantalla. Qué diferentes las call girls aeróbicas y dietéticas que aparecen en las series televisivas de las prostitutas reales y concretas que salen del campo para sufrir en nuestros barrios pobres. Con cuánto respeto ha sabido verlas la cámara de Pablo Ortiz Monasterio. La cultura dominante que fue privilegio de las elites ahora es también patrimonio de los desamparados. La televisión es o puede convertirse en muchas cosas, pero resulta ante todo una máquina de vender: vende discos, camisetas, detergentes y también la idea de que la violencia sí paga o al menos, por un precario instante, compensa de las humillaciones y fracasos.

El patetismo de un mendigo ciego se vuelve un icono de extraña belleza y un homenaje a la dignidad de todo ser humano. El infinito desastre ecológico del valle parece simbolizado en la cabeza del perro muerto.

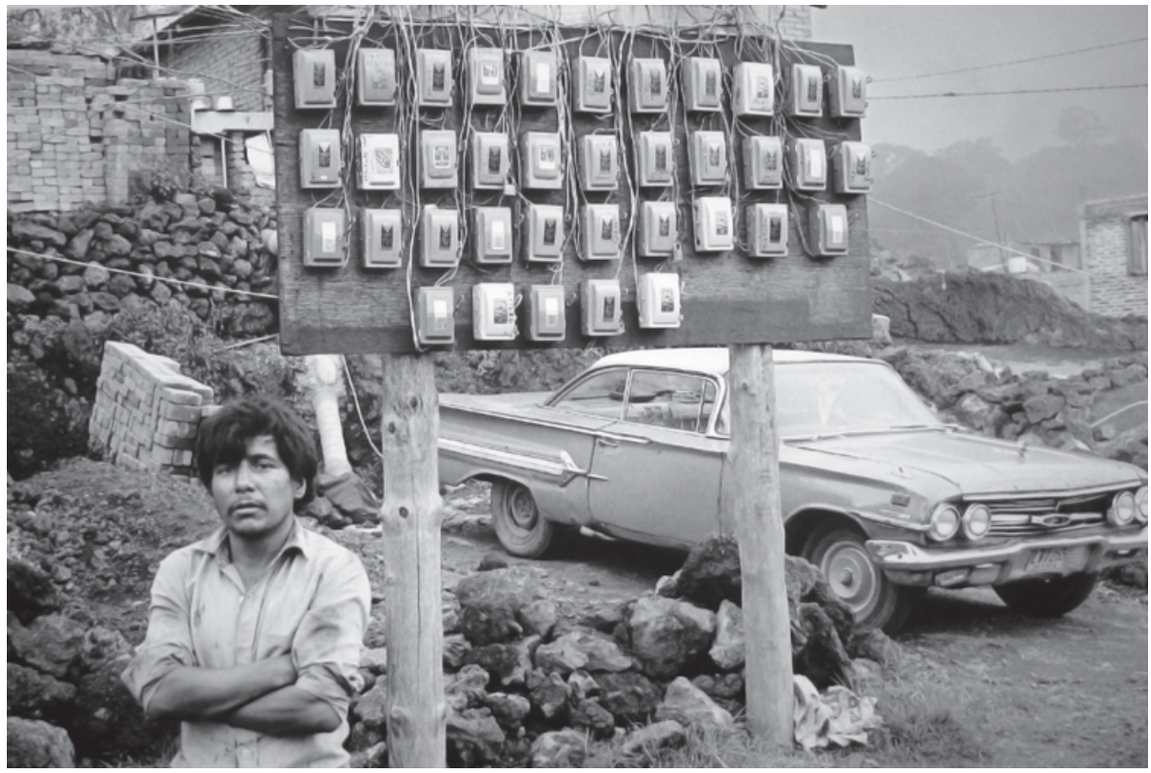
Los perros, infaltables compañeros de la miseria, se pasean por las fotografías de

Pablo Ortiz Monasterio. Ellos también encarnan la resistencia y la supervivencia. Tienen todo en su contra y sobreviven contra las mayores adversidades. El perro muerto recuerda sin quererlo el falso evangelio de Tolstoi. A sus discípulos que señalan el horror del cadáver hinchado a punto de explotar por la fuerza de su corrupción, Jesús le hace ver la perfección y hermosura de sus dientes. para quien sabe mirar a fondo las cosas ni siquiera la carroña es desdeñable.

Pablo Ortiz Monasterio ha querido cerrar su libro con imágenes de jóvenes armados y de cristos dramáticos. Uno es el cristo de Iztapalapa que cada viernes santo desde hace cerca de 150 años recrea la pasión en el Cerro de la Estrella. Cada vez es un muchacho distinto y de algún modo el mismo siempre. El otro es el santo cristo de una iglesia sin nombre. Llagado, doliente, con sangre que brota de lanzas, espinas, clavos, latigazos, exhala todo el poder de la indefensión y toda la persistencia de la Fe.

En el tiempo que detienen y elevan a obra arte estas fotografías Pablo Ortiz Monasterio no quizó acumular imágenes del México bonito, “moderno”, plástico, pintoresco o “avanzado”. Nos dio un espejo en que podemos mirarnos con los rasgos que menos nos gustaría haber contemplado. Quisiéramos decirle que no somos así, no le salió el parecido, debió habernos sacado un poco más presentables. La historia le dio la razón a Pablo Ortiz Monasterio. Ahora sabemos que así somos, aquí estamos: su libro nos ha retratado. Lo queramos o no estos somos nosotros.

¿Qué nos queda? Todo y nada: el árbol de la esperanza que en la última página se recorta sobre las montañas del valle herido y la extensión de la ciudad agonizante. Ese árbol resistió todas las catástrofes humanas e inhumanas y sigue allí y reverdece. Con su arte de fotógrafo Pablo Ortiz Monasterio ha asegurado el triunfo de la luz en medio del corazón de las tinieblas.



Baja tensión, 1987
30 x 44 cm.

Plata, cemento y oro, 1993
30 x 44 cm.

Solo Cristo salva, 1993
30 x 44 cm.

Zapata en la calzada de las armas, 1990
30 x 44 cm.

Disparas y disparo, 1986
44 x 30 cm.

Volando bajo, 1988
30 x 44 cm.

Diablitos, 1992
44 x 30 cm.

Caballo de Juárez, 1991
44 x 30 cm.

Dios antiguo, 1991
30 x 44 cm.

Hora nacional, 1994
30 x 44 cm.

Niño obrero, 1987
30 x 44 cm.

México Vista Aérea

José Emilio Pacheco

Desde el avión ¿qué observas? Sólo costras,
pesadas cicatrices de un desastre.
Sólo montañas de aridez, arrugas
de una tierra antiquísima, volcanes.

Muerta hoguera, tu tierra es de ceniza.
Monumentos que el tiempo erigió al mundo,
mausoleos, sepulcros naturales.
Cordilleras y sierras nos separan.
Somos una isla entre la sed, y el polvo
reina sobre el encono y el estrago.

Sin embargo, la tierra permanece
y todo lo demás pasa, se extingue.
Se vuelve arena para el gran desierto.

Paisaje de altura, 1991
30 x 44 cm.

Compadre Alberto, 1987
30 x 44 cm.

Compañera, 1990
30 x 44 cm.

Pablo Ortiz Monasterio (México D.F., México, 1952), es un fotógrafo mexicano de relevancia internacional, también con una destacada obra como editor.

Estudia economía en la UNAM y fotografía en el London College of Printing, en Inglaterra. Influido desde la niñez por el fotógrafo francés Bernard Possu y su emblemático volumen Mexique, fue Maestro de Fotografía en la Universidad Autónoma Metropolitana de 1977 a 1984.

De 1978 a la fecha ha dirigido tres proyectos editoriales: México Indígena (siete títulos), Río de Luz en el Fondo de Cultura Económica (veinte títulos) y Luna Córnea en el Centro de la Imagen (quince títulos).

Comenzó a desarrollar su trabajo como fotógrafo en los años 70, en un momento artístico de ruptura con la escuela mexicana del muralismo, y auge del arte contemporáneo. Entabla amistad con artistas como José Luis Cuevas, Vicente Rojo, Manuel Felguérez y Alberto Gironella, entre otros.

Ha publicado una decena de libros con su trabajo fotográfico, y cabe resaltar *Los Pueblos del Viento* (1982) y *Corazón de Venado* (1992). En 1996 publicó *La última ciudad* con un texto de José Emilio Pacheco por el que recibió el Ojo de oro del Festival Tres Continentes en Nantes, (Francia, 1997) y el Premio al Mejor Libro Fotográfico de 1996-1997, que otorga el Festival La Primavera Fotográfica de Barcelona. En él, presenta un recorrido por la ciudad de México en los años 80 donde muestra la miseria que impregna la ciudad, pero a la vez la vitalidad de la misma, a través de instantáneas desprovistas de artificios. La editorial española Mestizo publicó *Sexo y Progreso* en su colección *lo mínimo*. Entre sus últimos libros, destacar D*olor y Belleza*, un proyecto con su padre, sobre Tagliacozzi, un cirujano del Renacimiento publicado por Américo editores, México /Italia (2000) y *La Montaña Blanca*, una serie sobre los volcanes mexicanos, editado por Turner (2007).

Desde 1975 hasta la actualidad ha participado en más de 50 exposiciones colectivas, tanto en México como en Sudamérica, Estados Unidos, Europa y Asia. Sus exposiciones individuales comenzaron en 1976, destacando las realizadas en el Museo de Arte Moderno, en el Centro de la Imagen, en el Palacio de Bellas Artes de México, y en museos y galerías de Estados Unidos, Brasil, Argentina, Venezuela, Ecuador, Cuba, España, Inglaterra, Francia, Holanda, Portugal e Italia. En 2001 fue invitado como curador al festival PhotoEspaña de Madrid.

Algunas de sus obras se encuentran en colecciones públicas tales como el Instituto Nacional de Bellas Artes y Consejo Mexicano de Fotografía, en México; Casa de las Américas, en Cuba; Museum Georges Pompidou, en Francia; The Museum of Fine Arts, Estados Unidos; y el Centro Portugués de Fotografía, en Portugal.

Ha impartido talleres sobre fotografía y edición en Estados Unidos, Cuba, España, Argentina, Ecuador, Brasil y México.

Es cofundador del Consejo Mexicano de Fotografía y fundador del Centro de la Imagen.

Estas imágenes pertenecen a la exposición de Pablo Ortiz Monasterio, La última ciudad, comisariada por Enrica Viganò y Paco Salinas, expuesta en Fotoencuentros Murcia-Cartagena 2010.

Leyendo a José Emilio Pacheco

Luis Muñoz

José Emilio Pacheco ha definido su particular sistema de escritura en entrevistas y declaraciones diversas --que en los últimos años se han multiplicado notablemente gracias a los merecidísimos reconocimientos recibidos-- como un laborioso y a veces torturante proceso de corrección continua, como una sucesión de añadidos, zurcidos, supresiones y sustituciones, en la que le sirve de guía un irremplazable instinto de clarificación, un deseo profundo de alcanzar un grado de comunicación íntima con quienes lo leen y un afán mordiente de perfeccionamiento, de búsqueda, nunca del todo terminada, de la máxima cohesión interna para esos condensados artefactos verbales que son los poemas. Según este sistema, al igual que en el caso extremo de Juan Ramón Jiménez ("mi mejor obra es el arrepentimiento de mi obra"), nunca nos encontramos en condiciones de afirmar que esté dicha la última palabra.

En una entrevista concedida a Cristián Warnken en el programa chileno de televisión "La belleza del pensar" en 2008, se pregunta, por ejemplo, por qué no se puede actuar con un libro como se actúa con un manual de botánica, es decir actualizándolo regularmente, y afirma que para las apenas ochenta páginas de su novela *Las batallas en el desierto* (1981) necesitó escribir unas mil quinientas que tiró a la basura. Su traducción de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot se ha convertido --desde que empezó a preparar la primera edición, publicada en 1989, hasta hoy, que sigue trabajando en ella-- en una especie de compañero mutante del poeta que viaja casi siempre con él, asiste a sus reuniones, conoce a sus amigos y es, en cualquier momento, susceptible de ser afinado, alargado, recortado.

Si realizásemos el cotejo de las primeras versiones de sus libros de poemas comparándolas con la reciente-

mente aparecida edición de toda su poesía, *Tarde o temprano* (2010), que abarca desde su primer libro *Los elementos de la noche* (1963) hasta los poemas en prosa de *La edad de las tinieblas* (2009), nos encontraríamos ante una ingente y sabrosísima labor de investigación que daría para varios años de trabajo minucioso y, probablemente, con un poco de suerte, para definir a través del gesto y el sentido de sus correcciones, las líneas maestras del tratado íntimo de su estilo. Y otro tanto podríamos decir con respecto a las ediciones de los dos libros de cuentos de José Emilio Pacheco o de sus dos novelas, siempre corregidas, retocadas, enmendadas a favor de los textos, como le gusta decir al propio poeta, y no a favor del autor que los escribió originariamente, cuya energía, espontaneidad o frescura de aquel momento pueden ser perfectamente custodiadas en el catálogo de lo puramente personal.

El sistema de escritura de José Emilio Pacheco está orientado hacia la sencillez y la claridad. Los perfiles nítidos, las soluciones diáfanas gobiernan cada una de las piezas escritas por él, ya sean poemas, relatos, novelas o traducciones, que, dicho sea de paso, no pretenden ser nunca traducciones científicas --porque José Emilio Pacheco no cree en la posibilidad de la traducción científica--, sino verdaderos poemas en lengua española, con todo lo que eso significa de consultas continuas al genio del idioma, que pretenden mantener el mayor grado posible de fidelidad a los originales.

La búsqueda de la transparencia y de la exactitud son parte de una estética que entiende el ejercicio de la poesía como una forma de pensamiento comunicable. En muchos casos los poemas de José Emilio Pacheco responden al dibujo de una idea, o mejor, al segmento intensivo del recorrido de una idea, y más que estados de gracia, que es lo que deseaba Yeats que retuvieran los versos, producen y reproducen estados de lucidez, de radical clarificación, la imagen completa y a veces terrible de un sistema nervioso al descubierto.

Al leer a José Emilio Pacheco uno tiene la sensación de descorrer una cortina, un cierre metálico, un manto de arena. Cuando nos asomamos a lo que deja al descubierto nos encontramos con un furioso fogonazo de luz y con la nítida sorpresa de una verdad tangible: escenas reveladas en su funcionamiento íntimo, imágenes, historias, constataciones implacables.

En una célebre declaración, Goethe le confió a Eckermann que “lo importante es tener un alma que se apasione por la verdad y la capte donde quiera que la encuentre”. El detector de verdades de José Emilio Pacheco es de una variedad apasionada y chispeante de curiosidad, capaz detenerse en el encuentro con una chinche en un hotel barato, en las sugestiones y aprehensiones que le produce un tenedor contemplado largamente, en un joven mendigo echado a las puertas del metro, en el origen de las especies, las ventajas de la fugacidad o en el centenario de Rubén Darío. Pero, al

contrario que Goethe, la teoría de la verdad de José Emilio Pacheco no es para pocos sino para todos, es decir, potencialmente para muchos. O, por decirlo con palabras de Carlos Monsiváis recogidas en la reciente edición española de *Tarde o temprano*, "Pacheco no duda: lo que le importa es el diálogo entre autores y lectores, la actitud democrática del yo poético".

De los muchos lugares donde hacerse con una verdad, la tradición literaria es uno de las más concurridos y asequibles, y José Emilio Pacheco, que tanta importancia da al diálogo íntimo entre autor y lector, y que tan buen lector es, establece en algunos de sus poemas diálogos intensivos de diferente signo con autores de su predilección encarnando de manera magistral la idea del lector como coautor del texto leído, es decir como colaborador necesario en el encuentro con una verdad. Quisiera señalar algunos ejemplos.

En el poema "Sol de Heráclito", perteneciente a su libro *Desde entonces* (1980), escoge como punto de arranque un conocido fragmento de un epigrama del filósofo griego:

> *El sol es nuevo cada día*,
> pero los ojos que lo ven brillar
> no disfrutan
> de esa capacidad
> --añadió Heráclito
> en líneas omitidas por los copistas
> o devoradas
> en el célebre incendio de Alejandría.

El procedimiento de continuar el fragmento de Heráclito es, en cierto modo, el mismo de los cadáveres exquisitos --ese juego donde la escritura del otro es más una provocación que una inspiración--, aunque en este caso tenga un inmenso hueco de tiempo (de unos veintiséis siglos) entre el primer verso y el segundo. Pero se trata también de un intrépido y delicado proceso de restauración que es capaz de devolver a la circulación un fragmento amputado, de una manera, en cierto modo incontestable: nadie podría asegurar que la verdadera continuación del texto no fuera ésa.

En "El centenario de Gustave Flaubert", poema de su libro *Los trabajos del mar* (1983), el sistema que adopta José Emilio Pacheco es bien distinto y el diálogo más profuso. Estamos, como se indica en un paréntesis explicativo a modo de subtítulo, ante "un artículo en verso" y los temas que aborda son al menos tres: la excelencia de la escritura de Flaubert, la disolución de los límites entre los géneros literarios y el acto mis-

mo de la lectura. Sobre la excelencia de la obra de Flaubert dice que su estilo “no es un vitral ni un adorno,/se halla siempre al servicio de lo que narra”. Sobre los límites entre los géneros, que Flaubert hizo de la novela “otra forma de poesía”:

> De allí el cuidado
> puesto en cada palabra. No hay sinónimos:
> existe nada más el término exacto,
> una palabra para cada cosa. Debe ceñirse,
> como la piel al cuerpo, a lo que nombra.

Y sobre el ejercicio de la lectura, que lo único importante, la única verdad, es lo que el texto mueve, conmueve, en la imaginación o la conciencia del lector:

> Porque Flaubert, como todo autor, dice nada más
> lo que cada hombre y cada mujer que lo lea
> sabe escuchar entre el rumor de sus páginas.

En un poema muy breve, de carácter epigramático, “Escolio a Jorge Manrique”, de su libro *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969), el diálogo entre lector y autor se establece gracias a una ligera discrepancia: José Emilio Pacheco no cree que una de las metáforas principales de “Coplas a la muerte de su padre” de Jorge Manrique, tan conocido e interiorizado por los lectores de poesía española, responda a la verdad,:

> *La mar* no *es el morir*
> sino la eterna
> circulación de las transformaciones.

El diálogo funciona, entonces, como el conato de una discusión, que es una de las formas más vivas, más activas y estimulantes de intervenir en el texto que tiene un lector. Y el efecto que termina produciéndonos la réplica es, por utilizar una expresión de José Ángel Valente, “un gran caer en la cuenta”.

En este poema, como en muchos de José Emilio Pacheco, hay, por otro lado, una delgadez matérica, lingüística, que sin embargo suscita la idea de un gran espesor temporal. Como sucede con la pintura, a pesar del trazo que parece rápido y fácil, recibimos en sus poemas el reposo del tiempo, un extenso paisaje de horas que respira detrás de las palabras.

Luis Muñoz es poeta y ensayista.

El Pesimista Crítico

Benjamín Prado

Escribir es elegir, tomar decisiones acerca de lo qué quieres ver y que vean tus lectores, y los libros de José Emilio Pacheco amplían la mirada, nos hacen contemplar un mundo en el que se mezclan la celebración y el pesimismo para explicar que la vida es, a la vez, corta e inabarcable y que si el único modo de ser feliz es sabiendo escoger cosas que te quepan en la mano, como explica muy bien "Alta tración", uno de sus poemas más conocidos -"No amo mi patria. / Su fulgor abstracto / es inasible. / Pero (aunque suene mal) / daría la vida / por diez lugares suyos, / cierta gente, / puertos, bosques de pinos, / fortalezas, / una ciudad deshecha, / gris, monstruosa, / varias figuras de su historia, / montañas / -y tres o cuatro ríos."-, el único modo de ser consciente de la realidad es no volviéndole la espalda, teniendo el valor de hacerla visible. "La tarea del poeta es no negar el dolor", dice la escritora austriaca Ingeborg Bachmann, y el último libro de Pacheco, *Como la lluvia*, está de acuerdo con ella, especialmente en la primera de sus cinco partes, "Los personajes del drama", una galería de seres humanos heridos por la enfermedad y la desdicha que se parecen muy poco a los protagonistas habituales de los poemas que solemos leer, seguramente porque la literatura no está a salvo de la superficialidad de unas sociedades que tratan de vender prosperidad, optimismo y progreso, y en las que no parecen caber el sufrimiento y la muerte, igual que si no fueran dignas de nosotros. Competir es estar encerrado en la carrera, y la luz envenenada del futuro nos ciega y no nos deja disfrutar de lo que tenemos alrededor, que es lo único que podríamos tener: "te llaman porvenir / porque no vienes nunca", decía Ángel González. Es probable que no esté demasiado equivocado el pez del poema "La mirada del otro", que contempla desde su acuario a las personas que lo observan, sin entender por qué están presos.

Como la lluvia se ocupa de todo lo que ese optimismo hipócrita quiere esconder. “Tierra incógnita”, por ejemplo, habla de una persona que padece alzheimer; “Cuadros del manicomio de Sansueña” dibuja un hospital psiquiátrico; “El viento en los metales” cuenta la historia de una niña autista; “El mendigo de palma” retrata a un indigente... Baudelaire escribió *Las flores del mal* y Pacheco ha puesto en nuestro jarrón las flores de la enfermedad. Los dos, demuestran que no hay temas prohibidos para la poesía.

Si toda la obra de José Emilio Pacheco, de *Los elementos de la noche* a *La edad de las tinieblas*, está atravesada por lo que podríamos llamar un pesimismo crítico, en Como la lluvia esa tendencia se afila, se lleva a diferentes extremos en los que lo mismo cabe la desesperanza del que encuentra lógica la tristeza y sospecha de la alegría -”la dicha que hoy nos cubre / tiene los días contados”-, que la acidez del que ya se ha cruzado con demasiados oportunistas en el camino, como se deja entrever en “Contra el tirano”, donde se nos habla de un intelectual que protestó ácidamente contra un dictador hasta que éste le encargó que le escribiera sus discursos, y así lo puso de su lado. Y también entra en la red de Pacheco la paradoja que ya expresaba el poema citado al principio, “Alta traición”, en un texto en el que describe su país como un lugar cruel y siniestro, y que se complementa con otro en el que le enseña el corazón a algunos de sus poetas griegos favoritos: “Sí, Kavafis, donde quiera que vaya / llevaré la ciudad. / Sí, Seferis, donde quiera que voy / me sigue hiriendo México.”

Gaviotas que devoran palomas; loros que se niegan a hablar porque piensan que los humanos son estúpidos; mitos como Ernst Hemingway a quienes devoró su propia fama y que se pasaron media vida llorando lágrimas de gigante vencido... Todo cabe en la selva inteligente de José Emilio Pacheco, que nos enseña en cada una de sus obras que si lo visible es sólo un ejemplo de lo real, como decía Paul Klee, lo contrario, lo que se quiere hacer invisible, es siempre una parte de la mentira. Abres un libro suyo y ese libro te abre los ojos. Y por eso es uno de los mayores poetas de nuestro idioma.

Benjamín Prado es poeta y ensayista.
Director de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Bibliografía

Francisca Noguerol

Dado el enorme corpus reunido por el autor a lo largo de más de cincuenta años de creación en los más diversos campos de la literatura –ediciones, antologías, prólogos, traducciones, adaptaciones, piezas de teatro en revistas, periodismo y crítica literaria, ensayos, notas y reseñas- he dividido la presente bibliografía en cuatro apartados esenciales. Para el resto de su producción, aconsejo consultar el exhaustivo trabajo de Hugo Verani "Hacia la bibliografía de José Emilio Pacheco", incluido en Hugo Verani (ed.): L*a hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica.* México, Era, 1993, pp. 292-341, así como el *Diccionario de escritores mexicanos del siglo XX: desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días*. Aurora Maura Ocampo (coord.). Tomo IX. México, UNAM, 2007, pp. 206-232.

I.1. Poesía.

Los elementos de la noche. México, UNAM, 1963.

El reposo del fuego. México, FCE, 1966.

No me preguntes cómo pasa el tiempo. México, Joaquín Mortiz, 1969.

Irás y no volverás. México, FCE, 1973.

Islas a la deriva. México, Siglo XXI, 1976.

Al margen. París, Imaginaria, 1976.

Desde entonces. México, ERA, 1980.

Prosa de la calavera. Monterrey, UANL, 1981.

Los trabajos del mar. México, ERA, 1983.

Aproximaciones. México, Penélope, 1984.

Miro la tierra. México, ERA, 1986.

Ciudad de la memoria. México, ERA, 1989.

El silencio de la luna. México, ERA, 1994.

Bajo la luz del haikú. México, Breve Fondo Editorial, 1998.

La arena errante. México, ERA, 1999.

Siglo pasado (desenlace). México, ERA, 2000

Como la lluvia. México, ERA, 2009.

La edad de las tinieblas. México, ERA, 2009.

I.2. Narrativa.

La sangre de Medusa (cuentos) México, Cuadernos del Unicornio,1958. Nueva versión aumentada –*La sangre de Medusa y otros cuentos marginales*- en 1990.

El viento distante (cuentos) México, ERA, 1963. Segunda edición aumentada en 1969. Nueva versión en 2000.

Morirás lejos (novela) México, Joaquín Mortiz, 1967. Nueva versión en 1977.

El principio del placer (cuentos y novela corta) México, Joaquín Mortiz, 1972. Nueva versión en 1997.

Las batallas en el desierto (novela corta) México, ERA, 1981.

I.3. Guiones de cine.

El castillo de la pureza, en colaboración con Arturo Ripstein. Estrenado en 1972. México, Novaro, 1973.

El santo oficio, en colaboración con Arturo Ripstein. Estrenado en 1974. Culiacán, UAS, 1980.

Fox-trot, en colaboración con Arturo Ripstein. Estrenado en 1976.

La pasión según Berenice. México, Conacine, 1976. Dirección de Jaime Humberto Hermosillo.

I.4. Antologías poéticas y libros-objeto.

Ayer es nunca jamás. Caracas, Monte Ávila, 1978. Prólogo de José Miguel Oviedo.

Jardín de niños. México, Multiarte, 1978. Serigrafías de Vicente Rojo.

Tarde o temprano. México, FCE, 1980. Recoge con revisiones los libros publicados hasta la fecha.

Breve antología. México, UNAM, 1980. Selección y nota de Rafael Vargas.

Prosa de la calavera. Nueva York, 1981. Con grabados de Miguel Cervantes.

Fin de siglo y otros poemas. México, FCE, 1984.

Alta traición: antología poética. Madrid, Alianza, 1985. Selección y prólogo de José María Guelbenzu (pp. 7-15).

Álbum de zoología. Guadalajara, Cuarto Menguante, 1985. Con ilustraciones de Alberto Blanco.

Álbum de zoología. México, ERA, 1998. Con ilustraciones de Francisco Toledo.

José Emilio Pacheco. Madrid, Júcar, 1986. Selección y extenso estudio introductorio de Luis Antonio de Villena.

Escenarios. México, Galería López Quiroga, 1996. Con obra gráfica de Vicente Rojo.

En resumidas cuentas. Madrid, Visor, 2004. Edición y prólogo de Hernán Sánchez (pp. 7-17).

La fábula del tiempo. México, ERA, 2005. Selección, prólogo y bibliografía de Jorge Fernández Granados (pp. 7-13, 265-268).

Antología poética. Granada, Ayuntamiento de Granada, 2005. Edición de Luis García Montero. Prólogo de José Carlos Rodríguez (pp. 7-37).

Tarde o temprano. Poemas 1958-2000. México, FCE, 2000.

Epitafio del fuego. *Antología homenaje a José Emilio Pacheco*. Selección y prólogo de Juan Antonio González Iglesias y Francisca Noguerol. Salamanca, EDIFSA, 2006.

I.5. Ediciones de poesía en otros formatos.

Tarde o temprano: poesía en la voz del autor. México, FCE, 2005. CD.

El reposo del fuego. Obra sinfónica para tenor y orquesta compuesta por Gustavo A. Farías García, con poemas de Pacheco. Estrenada por la Orquesta Sinfónica de Nuevo León. 1995.

II. BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA POESÍA DE JOSÉ EMILIO PACHECO.

II. 1. Libros y monografías.

Alforja. Revista de poesía. 38 (2006). Número especial dedicado a José Emilio Pacheco con contribuciones de Marco Antonio Campos, Juan Manuel Roca, Alí Calderón, Mario Calderón, Harold Alvarado Tenorio, Miguel Ángel Zapata, Eduardo Milán y Margarito Cuéllar (pp. 8-57).

Bahía Diwan, Betina: *Ensoñación cósmica: poética de "El reposo del fuego" de José Emilio Pacheco.* México, Praxis, 2004.

Ballardin, Paola: *José Emilio Pacheco. La poesia della speranza*. Roma, Bulzoni, 1995.

Friis, Ronald: *José Emilio Pacheco and the Poets of the Shadows*. Lewisburg, Bucknell University Press, 2001.

Malamud, Randy: Poetic Animals and Animal Souls. New York, Palgrave Macmillan, 2003.

Monasterios Pérez, Elizabeth: *Dilemas de la poesía de fin de siglo: José Emilio Pacheco y Jaime Saenz*. La Paz, Universidad Mayor de San Andrés, 2001.

Ortega, Julio (ed. e introd.): *José Emilio Pacheco.* Monográfico revista Torre 9.33 (2004), pp. 305-471.

Popovic, Pol y Fidel Chávez Pérez (coords.): *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas*. México, Siglo XXI, 2006.

Ruiz Pérez, Ignacio: *Lecturas y diversiones: La poesía crítica de Eduardo Lizalde, Gabriel Zaid, José Carlos Becerra y José Emilio Pacheco*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 2008.

Torres, Daniel: *José Emilio Pacheco: poesía y poética del prosaísmo*. Madrid, Pliegos, 1990.

Verani, Hugo (ed.): *José Emilio Pacheco*. México, UAM, 1987.

-. *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*. México, ERA, 1993.

II.2. Artículos, capítulos de libro y notas.

Se recogen únicamente trabajos con especial relevancia para el análisis de la poesía de Pacheco.

Aguilar Melantzón, Ricardo, y Mimí Gladstein: "*El reposo del fuego:* anteproyecto de Pacheco para *Morirás lejos"*, Plural, 14.157 (1984), pp. 55-60.

Alemany Bay, Carmen: "Para la caracterización de la poesía coloquial", en *Poética coloquial hispanoamericana*. Alicante, Universidad de Alicante, 1997, pp. 71-150.

-: "El poeta como isla: *Islas a la deriva* de José Emilio Pacheco", en *Residencia en la poesía: Poetas latinoamericanos del siglo XX.* Alicante, Universidad de Alicante, 2006, pp. 213-230.

-: "José Emilio Pacheco descubre una de sus máscaras para hablar del mundo precolombino y colonial", *América sin Nombre* 5-6 (2004), pp. 5-11.

Bas Albertos, María José: *La poesía mexicana contemporánea*. Valencia, Instituto Juan Gil-Albert, 1996.

Bayardi Landeros, Citlalli: "El mito de la Modernidad: una visión de la Conquista en José Emilio Pacheco", *Literatura Mexicana* 7.2 (1996), pp. 493-508.

Benedetti, Mario: "La poesía abierta de José Emilio Pacheco", en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 126-133.

Binns, Niall: "Indicios del fin en la poesía mexicana. José Emilio Pacheco: entre el apocalipsis y la catástrofe", en *¿Callejón sin salida?: La crisis ecológica en la poesía hispanoamericana.* Zaragoza, Prensas Universitarias, de Zaragoza, 2004, pp. 111-132.

Blanco, José Joaquín: "José Emilio Pacheco", en *Crónica de la poesía mexicana*. México, Posada, 1987, pp. 245-247.

Borinsky, Alicia: "José Emilio Pacheco: Relecturas e historia", *Revista Iberoamericana* 150 (1990), pp. 267-273.

-: "José Emilio Pacheco: Ciudades, memoria, poesía", en José Miguel Oviedo (ed.): *Literatura mexicana/Mexican Literature*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1993, pp. 170-180.

Campos, Marco Antonio: "José Emilio Pacheco o la palabra que se va", *El Rehilete*, 34 (1971), pp. 57-71.

-: "*Aproximaciones* de José Emilio Pacheco", Vuelta 101 (1985), pp. 43-44.

-: "José Emilio Pacheco: la imaginación del desastre", *Siga las señales*. México, Premiá, 1989, pp. 96-101.

Carrillo Juárez, Carmen: "La traducción poética para José Emilio Pacheco: Bajo la luz del haikú", *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 11-25 (2005), pp. 35-42.

-: "La poesía de José Emilio Pacheco y la tradición bíblica", en *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas,* op. cit., pp. 193-220.

Castellanos, Rosario: "Dos notas sobre José Emilio Pacheco", en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 35-38.

Charry Lara, Fernando: “José Emilio Pacheco”, Revista Casa Silva 2 (1989), pp. 9-16.

Chouciño, Ana: “Poesía en México desde 1960”, en Jaime Siles (ed.): *La poesía nueva en el mundo hispánico. Los últimos años*. Madrid, Visor, 1994, pp. 207-216.

-: *Radicalizar e interrogar los límites: poesía mexicana, 1970-1990*. México, UNAM, 1997.

Cisneros, Martha: “Una estética crítica de la representación literaria: José Emilio Pacheco”, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 5-12 (2000), pp. 30-37.

Cobo Borda, Juan Gustavo: “Sobre la poesía de José Emilio Pacheco”, Eco, 131-132 (1971), pp. 653-657.

Conde Ortega, José Francisco: “José Emilio Pacheco: necesidad de la memoria”, *Estaciones, 2* (1989), pp. 25-28.

Dauster, Frank: “Poetas mexicanos nacidos en las décadas de 1920, 1930 y 1940”, *Revista Iberoamericana* 148-149 (1989), pp. 161-175.

Debicki, Andrew: “Perspectiva, distanciamiento y el tema del tiempo: La obra lírica de José Emilio Pacheco”, en *Poetas hispanoamericanos contemporáneos*. Madrid, Gredos, 1976, pp. 212-238. También aparecido en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 47-71.

Díaz, Mónica: “‘El remoto pasado y el concreto presente de México’ en la poesía de José Emilio Pacheco”, *Lucero 8* (1997), pp. 76-82.

Docter, Mary: “José Emilio Pacheco: A Poetics of Reciprocity”, *Hispanic Review* 70-3 (2002), pp. 373-392.

Dorra, Raúl: “Pacheco se pregunta cómo pasa el tiempo”, en *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas*, op. cit., pp. 53-70.

Doudoroff, Michael: “José Emilio Pacheco: An Overview of the Poetry, 1963-86”, *Hispania* 72.2 (1989), pp. 264-276. Aparecido como “José Emilio Pacheco: recuento de poesía 1963-1986” en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 145-169.

Durán, Manuel: “Tradición y originalidad en la poesía de José Emilio Pacheco”, en *Literatura mexicana/ Mexican Literature*, op. cit., pp. 128-139.

Fernández Granados, Jorge: “José Emilio Pacheco, la negra fábula del tiempo”. Prólogo a *La fábula del tiempo*, op. cit, pp. 7-13. También en Espéculo 23 (2003). Publicación electrónica. Sin paginación.

Fischer, María Luisa: “Presencia del texto colonial en la poesía de Antonio Cisneros y José Emilio Pacheco”, *Inti* 32-33 (1990-1991), pp. 127-137.

-: *Historia y texto poético: la poesía de Antonio Cisneros, José Emilio Pacheco y Enrique Lihn*. Concepción, Lar, 1998.

Forster, Merlin: “Four Contemporary Mexican Poets: Marco Antonio Montes de Oca, Gabriel Zaid, José Emilio Pacheco, Homero Aridjis”, en Merlin Forster, Robert Scott et al. (eds.): *Tradition and Renewal: Essays on Twentieth-Century Latin American Literature and Culture*. Urbana, University of Illinois Press, 1975, pp. 139-156.

-: “La poesía reciente de José Emilio Pacheco: *Desde entonces*”, en Merlin Forster y Julio Ortega (comps.): *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*. México, Oasis, 1986, pp. 215-225.

Francescato, Martha Paley de: *Bestiarios y otras jaulas*. Buenos Aires, Sudamericana, 1977, pp. 28-29 y 117-127.

Friis, Ronald: "The Postmodern Twists of José Emilio Pacheco's *No me preguntes cómo pasa el tiempo"*, Revista de Estudios Hispánicos 34.1 (2000), pp. 27-45.

-: "Conspicuous Consumption, Technology and Globalization: Life Aboard José Emilio Pacheco's Titanic", Torre, loc. cit., pp. 435-446.

García Montero, Luis: "Entrevista con José Emilio Pacheco", *La Estafeta del Viento*, 2º época, 04/03/2009. Edición digital. Sin paginación. En http:// www.laestafetadelviento.es/conversaciones/con-jose-emilio-pacheco (Bajado el 17/08/2009).

García Ponce, Juan: "Carta a José Emilio Pacheco", en *Trazos*: México, UNAM, 1974, pp. 21-23.

García Rey, José Manuel: "La poesía de José Emilio Pacheco o las palabras que dicta el tiempo", *Cuadernos hispanoamericanos* 380 (1982), pp. 472-484.

Giménez Frontín, José Luis: "Tres poetas mexicanos: Marco Antonio Montes de Oca, José Carlos Becerra, José Emilio Pacheco", *Hora de Poesía*, 2 (1979), pp. 4-24.

Giordano, Jaime: "El sujeto como signo proxémico: De *Muerte sin fin* (José Gorostiza) a *Miro la tierra* (José Emilio Pacheco), en *Literatura Mexicana/Mexican Literature*, op. cit., pp. 140-169.

Gordon, Samuel: "Los poetas ya no cantan, ahora hablan: Aproximaciones a la poesía de José Emilio Pacheco", *Revista Iberoamericana* 150 (1990), pp. 255-266.

Graniela, Magda: "José Emilio Pacheco: Una poética de ética ambientalista", *Atenea* 19-1-2 (1999). pp. 69-78.

Guichard, Luis Arturo: "La poesía, colectiva y anónima: José Emilio Pacheco y los clásicos", *Biblioteca de México* 48 (1998), pp. 17-25.

Gullón, Agnes: "Dreams and Distance in Recent Poetry of José Emilio Pacheco", *Latin American Literary Review* 11 (1977), pp. 36-42. Aparecido como "Sueños y distancia en la poesía de José Emilio Pacheco", en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 123-132.

Grande, Félix: "José Emilio Pacheco en un nuevo realismo", en *Mi música es para esta gente*. Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975, pp. 97-100.

Hoeksema, Thomas: "Señal desde la hoguera: la poesía de José Emilio Pacheco", Texto Crítico, 7 (1977), pp. 91-109. También aparecido en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 73-99.

-: "*Islas a la deriva*, by José Emilio Pacheco", *Latin American Literary Review,* 6-12 (1978), pp. 86-87.

-: "A Poetry of Extremes", en *Signals from the Flames*. Pittsburgh, Latin American Literary Review Press, 1989, pp. 1-15.

Imboden, Rita Catrina: "Los grillos (defensa e ilustración de la poesía)", en *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas*, op. cit., pp. 280-301.

Jitrik, Noé: "La escritura y su secreto, rememoraciones Pacheco 2004", en Polopovic y Fidel Chávez (coords.): *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas.* México, Siglo XXI, 2006, pp. 71-83.

Karam, Tanius: “Ensoñación y destrucción: La Ciudad de México en la poesía de José Emilio Pacheco”, *Espéculo* 32 (2006). Publicación electrónica. Sin paginación.

Klahn, Norma: “Jaime Sabines y la retórica de la poesía conversacional”, en Norma Klahn y Jesse Fernández (eds.): *Lugar de encuentro. Ensayos críticos sobre poesía mexicana actual*. México, Catún, 1987, pp. 91-102.

-: “From Vision to Apocalypse: The Poetic Subject in Recent Mexican Poetry”, *Studies in 20th Century Literature* 14.1 (1990), pp. 81-93.

Lizalde, Eduardo: “José Emilio Pacheco: un caso literario ejemplar”, *Los Universitarios* 66-67 (1976), pp. 6-7.

Malamud, Randy: “The Culture of Using Animals in Literature and the Case of José Emilio Pacheco”, *CLCWeb: Comparative Literature and Culture: A WWWeb Journal* 2.2 (2000). Publicación electrónica. Sin paginación.

Mata Sandoval, Rodolfo: “*Los trabajos del mar* de José Emilio Pacheco”, México en el arte 10 (1985), pp. 86-87.

Mestre, Antonio: “Ironía, civilización y posmodernidad en la poesía de José Emilio Pacheco”, en Samuel Gordon (ed.): *Poéticas mexicanas del siglo XX*. México, Universidad Iberoamericana, 2004, pp. 253-302.

Millares, Selena: “José Emilio Pacheco: poesía y disidencia”, en Carmen Ruiz Barrionuevo, Francisca Noguerol et al (eds.). *La literatura iberoamericana en el 2000. Balances, perspectivas y prospectivas.* Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, pp. 1879-1886.

Mondragón, Amelia: “Concepto y metáfora en un poema de José Emilio Pacheco”, *MACLAS Latin American Essays*, 1 de marzo de 2001. Publicación electrónica. Sin paginación.

Monsiváis, Carlos: “José Emilio Pacheco: *Y contra todo, somos lo que queríamos ser entonces*”, Proceso, 462 (1985), pp. 50-53.

Mora, Ángeles: “Palabras para un poeta”, *El fingidor* 27-28 (2006), pp. 48-49.

Noguerol, Francisca: “Una forma de amor que sólo existe en silencio”, *El fingidor* 27-28 (2006), pp. 45-48.

O’Hara, Edgar: “Cuando tiembla la poesía”, *Hora de Poesía* 49-50 (1987), pp. 169-171.

-: “Un monumento a lo efímero”, *Plural* 133 (1982), pp. 15-22.

-: “La golosina fonética”, *Perenquén* 3 (2003), pp. 27-31.

-: “José Emilio Pacheco: *Los trabajos del mar*”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 23 (1986), pp. 154-157.

Olea Franco, Rafael: “De la ansiedad de influencias: Borges en Pacheco”, en *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas*, op. cit., pp. 30-52.

Olivera Williams, María Rosa: “La muerte como fuerza creadora en la poesía de José Emilio Pacheco”, en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 134-144.

-: “Ciudad de la memoria de José Emilio Pacheco: Un nuevo capítulo hacia la creación de un único poemario”, *Revista Hispánica Moderna* 45. 2 (1992), pp. 242-251.

-: “El monólogo dramático en la poesía de José Emilio Pacheco”, *Revista Iberoamericana* 174 (1996), pp. 175-184.

-: “Sobre *An Ark the Next Millenium:* un bestiario de José Emilio Pacheco”, *Literatura Mexicana* 1 (1998), pp. 145-147.

Ortega, Julio: “Poemas de José Emilio Pacheco”, en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica,* op. cit., pp. 101-108.

Oviedo, José Miguel: “José Emilio Pacheco: la poesía como *ready-made*”, *Hispamérica* 15 (1976), pp. 39-55. También en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 21-45.

Oviedo, Rocío: “Continuidad de la vanguardia en México: José Emilio Pacheco”, en Luis Sainz de Medrano (ed.): *Las vanguardias tardías en la poesía hispanoamericana*. Roma, Bulzoni, 1993, pp. 45-71.

Pacheco, José Emilio: “Sin título”, en *Los narradores ante el público*. Vol. 1. México, Joaquín Mortiz, 1966, pp. 241-263.

Parrilla Sotomayor, Eduardo: “La condición humana en *El silencio de la luna* de José Emilio Pacheco”, en *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas*, op. cit., pp. 257-279.

Paz, Octavio: “Palabras en forma de tolvanera”, en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 11-12.

-. “Cultura y natura”, en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 13-14.

Pérez, Alberto Julián: “José Emilio Pacheco: Una poética para el fin de siglo”, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 3-7 (1998), pp. 39-51.

Pérez López, Mª Ángeles: “José Emilio Pacheco: microtextos en tiempos de penuria”, en Francisca Noguerol (ed.): *Escritos disconformes: nuevos modelos de lectura.* Salamanca, Universidad de Salamanca, 2004, pp. 251-262.

-: “Por si no era preciso eternizarse. José Emilio Pacheco recibe el García Lorca”, *El fingido*r 27-28 (2006), pp. 43-45.

Pineda Franco, Adela: “La nación decimonónica en manos de un poeta del siglo XX: José Emilio Pacheco y la crítica literaria”, *Torre* 9.33 (2004), pp. 357-65.

Pitol, Sergio: “José Emilio Pacheco, renacentista”, *Letras Libres* 4-37 (2002), pp. 34-36.

Poniatowska, Elena: “José Emilio Pacheco: naufragio en el desierto”, *La Jornada Semanal*, 19 de agosto de 1990, pp. 35-46.

Reid, Alastair: “José Emilio Pacheco in Translation”, en *Literatura Mexicana/Mexican Literature*, op. cit, pp. 182-198.

Rivera, Francisco: “*Islas a la deriva*, de José Emilio Pacheco”, en *Inscripciones*: Caracas, Fundarte, 1981, pp. 43-48.

Rodríguez Alcalá, Hugo: “Sobre la poesía última de José Emilio Pacheco”, *Hispamérica* 15 (1976), pp. 57-70.

-: “Sobre José Emilio Pacheco y la poesía que sí se entiende”, *Hispamérica* 20 (1978), pp. 45-48. Respuesta a Gabriel Zaid: “El problema de la poesía que sí se entiende”. Véase, en el mismo número,

Gabriel Zaid, “Manes y desmanes”, pp. 49-50; y Hugo Rodríguez Alcalá: “Hacia una crítica más sincera”, pp. 51-52.

Rosales, José Carlos: “La poesía mítica de José Emilio Pacheco”, *El fingidor* 27-28 (2006), pp. 50-52.

Rubman, Lewis: “A Sample of José Emilio Pacheco, Young Mexican Poet”, *Romance Notes* 13.432, 1972, pp. 432-440.

Ruiz Moreno, Luisa: “El mar y las transformaciones”, *Márgenes*, 1-2 (1982), pp. 42-46.

Sainz, Enrique: “Fin de siglo”, *Casa de las Américas*, 196, (1988), pp. 147-149.

Scheerer, Thomas: “Ephemere Lyrik: zur poetologischen Bedeutung des Zeitempfindes bei José Emilio Pacheco”, en Winrich Clasen und Gertrud Lehnert Rodieck (eds.), *Zeit(r)äume. Perspektiven der Zeiterfahrung in Literatur, Theologie und Kunstgeschichte*. Rheinbach Merzbach, CMZ Verlag, 1986, pp. 69-88.

Sotelo, César Antonio: “Los animales como un recurso de distanciamiento e intertextualidad de José Emilio Pacheco”, *La Palabra y el Hombre*, 77 (1991), pp. 202-205.

Soto Duggan, Lilvia: “Realidad de papel: Máscaras y voces en la poesía de José Emilio Pacheco”. En *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 109-121.

Sucre, Guillermo: “La trampa de la historia”, en *La máscara, la transparencia*. Caracas, Monte Ávila, 1975, pp. 325-338.

Torres, Daniel: “Preocupaciones de fin de siglo en la poesía reciente de José Emilio Pacheco”, en *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas*, op. cit., pp. 119-137.

Vargas Llosa, Mario: “La poesía de José Emilio Pacheco”, en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, op. cit., pp. 15-20.

Ullán, José Miguel: “La hoguera perdurable”, *Margen* 2 (1966-1967), pp. 130-136.

Valdés, Mario: “Ars poética de José Emilio Pacheco”, en *José Emilio Pacheco. Perspectivas críticas*, op. cit., pp. 84-100.

Verani, Hugo: “José Emilio Pacheco: la voz contemporánea”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 47 (1998), pp. 281-292.

Villena, Luis Antonio de: “José Emilio Pacheco: entre el yo total y el yo robado”, *Quimera* 4 (1981), pp. 47-49.

Zaid, Gabriel: José Emilio Pacheco: “*El reposo del fuego*”, en Leer poesía. México, Océano, 1999, pp. 168-170. [1972]

-. “El problema de la poesía que sí se entiende”, *Hispamérica* 18 (1977), pp. 89-92. También en *Leer poesía*. México, Océano, 1999, pp. 171-177. Respuesta a Hugo Rodríguez Alcalá: “Sobre la poesía última de José Emilio Pacheco”.

Zapata, Miguel Ángel: “La imagen de la ciudad en la poesía de José Emilio Pacheco”, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 3.8 (1998), pp. 30-36.

-: “José Emilio Pacheco: toda ciudad se funda en la violencia”, en Moradas de la voz. *Notas sobre la poesía hispanoamericana contemporánea*. Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 2002, pp. 69-88.

II.3. Tesis de maestría y doctorales.

Birdsong, Jeffrey Lyman: *Language and Ideology in the Poetry of José Emilio Pacheco*. The University of North Carolina at Chapel Hill, 2007.

Docter, Mary: *The Turning Tides: The Poetry of José Emilio Pacheco*. UCLA, 1992.

Fischer, María Luisa: *Historia y texto poético: La poesía de Antonio Cisneros, José Emilio Pacheco y Enrique Lihn.* Boston University, 1992.

Friis, Ronald: *Allegories of Influence in the Poetry of José Emilio Pacheco* (1958-1978). Pennsylvania State University, 1997.

Garabeddian, Martha: *Imagery and Experience in the Poetry of Oscar Hahn, José Emilio Pacheco, and Heberto Padilla: A New Expression of Reality in Three Contemporary Spanish American Poets*. University of Connecticut, 1984.

Gorka, Barbara: *Images of the United States in the Literature of Octavio Paz, Carlos Fuentes, and José Emilio Pacheco.* University of Pennsylvania, 1993.

Hoeksema, Thomas: *An Anthology of Three Contemporary Mexican Poets: A Bilingual Edition with Critical Introduction*. Ohio University, 1971.

Monasterios, Elizabeth: *Metáforas epistemológicas en la poesía de Jaime Sáenz y José Emilio Pacheco: Fenomenología del espacio en dos poéticas contemporáneas.* Universidad de Toronto, 1993.

Strittmatter, Jorge Emilio: *Tres poetas con Heráclito: Borges, Hahn, Pacheco.* Miami University, 2007. Master of Arts. En http://etd.ohiolink.edu/send-pdf.cgi/Strittmatter%20Jorge%20Emilio.pdf?acc_num=miami1188431523 (Bajado el 19/08/2009).

Topletz, Judith: *Time in the Poetry of José Emilio Pacheco: Images, Themes, Poetics*. University of Textas, Austin, 1983.

Zapata, Miguel Ángel: *La imagen de la casa y la ciudad en cinco poetas de la postvanguardia hispanoamericana: Oscar Hahn, José Emilio Pacheco, José Kozer, Antonio Cisneros y Carmen Ollé.* Washington Universtiy, 1995.

Francisca Noguerol es profesora de la Universidad de Salamanca.

A VIVA VOZ - CD

Islas a la deriva
01 Horas altas
02 El mar sigue adelante
03 Las perfecciones naturales
04 Un poeta novohispano
05 Noche y nieve
06 El fuego
07 Inmemorial
08 Inscripciones en una calavera

Desde entonces
09 Homenaje
10 Nupcias
11 Obra maestra
12 Trasmutaciones
13 Proverbio ártabe
Los trabajos del mar
14 El pulpo
15 Inmortalidad del cangrejo
16 La granada
17 La “y”
18 Ecuación de primer grado con una incógnita

Miró la tierra
Lamentaciones y alabanzas
19. Cetrería de Caín
20. A la orilla del Ganges
21. Las termitas
24. “YO” con mayúsculas
25. I
26. II
27. IV
28. VIII
29. IX
30. X
31. Altar barroco. Homenaje a Rosario Castellanos
Ciudad de la memoria
32. Caracol. Homenaje a Ramón Sánchez Velarde
Las batallas en el desierto
33. Colonia Roma (Último capítulo)
Morirás lejos
34. tótem Boj
35. Dos

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Rector
Dr. José Narro

Coordinador de Difusión Cultural
Sealtiel Alatriste

Exposición

Comisariado
Jesús Cañete Ochoa
Fernando Fernández Lanza

Diseño de la exposición
María Durán
Natalia Garcés

Positivado de fotografías
Fotosíntesis. Laboratorio Fotográfico

Montaje
Teresa Boal Buldón
David Bravo Cabello
Ismael Cañete Ochoa
María José Durán Vaquero
Blanca Fernández de Pablos
Ignacio Garcés Fernández
Natalia Garcés Fernández
Jorge Martínez Montoro

Catálogo

Dirección del Catálogo
Jesús Cañete Ochoa
Fernando Fernández Lanza

Textos
José Emilio Pacheco
Francisca Noguerol
Luis Antonio de Villena
Luis Muñoz
Benjamín Prado

Diseño
María Durán
Natalia Garcés

Fotomecánica
Lufercomp

Impresión
Gráficas Alcorán S.A.

Agradecimientos
Los organizadores de esta exposición quieren dejar constancia de su agradecimiento a las siguientes instituciones y personas que han facilitado generosamente materiales para esta exposición y catálogo, y que con su decidido apoyo la han hecho posible: Carlos Báez (UAH), Saturio Guillorme (UAH), Servicios Generales de la UAH, Rogelio Cuéllar, Ana Clavel, Pablo Ortiz Monasterio, Paco Salinas, Fotoencuentros Murcia Cartagena, Antonio Gálvez, María Luisa Capella, José Luis Paredes Pacho (UNAM) y Julieta Giménez Cacho (UNAM).

Los editores han hecho todo lo posible para identificar a los propietarios de los derechos intelectuales de las reproducciones recogidas en este catálogo. Se piden disculpas por cualquier posible error y omisión, que quedará automáticamente subsanado en siguientes reediciones.

Edita
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá

ISBN
978-84-8138-873-2

D.L.: M-48181-2009

© de la presente edición: Universidad de Alcalá
© de los textos: sus autores
© de las piezas expuestas: sus autores y propietarios

Este catálogo de la exposición

El mar no tiene dioses.

Homenaje a José Emilio Pacheco, Premio Cervantes 2010

se acabó de imprimir el 19 de abril de 2010

cuando en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá

bajo la presidencia del Rector, Fernando Galván,

se inauguraba el Festival de la Palabra.